Una biblioteca sin libros

opera **prima**

Antología

Día Internacional de las Bibliotecas

Primera edición,
diciembre 2022

© 2022, Cada colaboración pertenece a su autor

© Editorial Opera Prima
C/ Espejo, 10
28013 – Madrid
Tels. 91 559 29 49 / 69 657 01 31
operaprima@operaprima.es
www.operaprima.es

Maqueta: Magaceda Martínez Rodrigo y Nerea Peña Peña

ISBN: 978-84-9946-936-2

Editado en España

Las bibliotecas toman la palabra, ya no son un templo del silencio. Son lugares mágicos, de creación, porque los libros existen cuando son leídos. ¿Qué sería de ellas deshabitadas, sin vida, sin ideas, sin aventuras, sin proyectos, sin sueños?

Desde la editorial Opera Prima queríamos retar a los autores a que experimentasen, a que sintiesen el vacío, el vértigo de la desaparición de los libros. Adiós a su biblioteca interior, *bye*, *bye* a aquellos libros que les han acompañado siempre, que han construido su *yo*, el mundo.

La respuesta ha sido inmediata y elocuente. Gran riqueza de miradas, de propuestas y de estilos. Airadas, encendidas, líricas, metafísicas, satíricas, fantásticas, distópicas, siempre enarbolando un mismo mensaje: **sin libros nunca**. Desde aquí nuestro agradecimiento y enhorabuena.

La pregunta fue: ¿cómo sería una biblioteca sin libros?

Esperamos que disfrutéis leyendo estas respuestas tanto como lo hemos hecho nosotros,

el equipo de la editorial Opera Prima

Índice

Nerea Peña Peña, *El día 0* 6
Florencio Cano Gabarda, *Recuerdos* 7
Nieves Juan Galipienso, *Asamblea* 15
Goyo Ybort, *El librito transparente* 17
Alba Iguacel Martínez Márquez, *Preservación* 20
Lucía Solana Pérez, *Las palabras* 21
Sonia Saavedra de Santiago, *A los niños que no leen* 23
Román Sanz Mouta, *La penúltima biblioteca* 26
Yolanda Sainz Sánchez, *Hasta la Z* 27
Héctor García Pérez, *Biblioteca de recuerdos* 29
Jesús Durán Durán y Libertad García Villada,
El tamaño importa 30
Dorinda López González, *Una biblioteca sin libros* 36
Lourdes de la Rosa Alcaide, *Una biblioteca vacía* 37
Rubén Cifuentes, *El aullido de los lobos* 38
Victoria Sánchez-Sierra Viera, *Hogar sin vida* 45
Adriel García del Pino, *La olla a presión* 46
Ana Pablos Pablos, *Y cuando pensábamos que todo*
lo que conocemos eran sombras 49
Isabel Soriano Albiach, *Huérfanos de libros* 51
Magaceda Martínez Rodrigo, *Seres malignos* 53
Alejandro Gibaja Tato, *Toñín* 54
Jaime Esteban Cruzado, *De lectores y libros* 60
Rosa de Dios Pérez, *El emisario de las letras* 61
María del Carmen Fernández Pérez, *El bibliotecario* 65
Nelson Roque Pereira, *Lo que en fin nos ata* 66
Bubezna, *Vacía* 68
Rafael L. Álvarez, *El señor Applepie* 70
Isabel Prieto, *El tacto de la piel* 75
Marta Guerrero Marín, *A través del filo* 76
Francesco Profilo, *La ciudad sin biblioteca* 81
Washington Daniel Gorosito Pérez, *Las no palabras* 82

Jorge Eloy Martínez Lozano, *Ausencia*.....83
Mikaela Huet-Vray Nieto, *Un hombrecito*.....84
Emilia Bermejo González, *Vacía*.....85
Eduardo Reinoso González, *A estadio vacío*.....87
Lucía del Valle González, *Ánima del pasado*.....88
Antonio José Moreno Villa, *De un árbol moribundo*.....91
Diego Hernán García, *Y comenzaron por los libros*.....93
Javier Cuartero Sanahuja, *No había libros en mi sueño*....95
Javier Casado, *El alegato fue perfecto*.....98
Adrián Reyes Barranco, *La caída del yugo*.....100
Julio Sánchez Trabalón, *Biblioteca Central*.....105
Libertad García Villada y Jesús Durán Durán,
Eco de palabras.....106
Jorge San José Tárrega, *Caja de sueños*.....108
Miranda Casas Matas, *Rojo carmín*.....112
Andrés Martínez Gil, *El silencio de las hojas*.....113
Ángel Piña Martín, *Biblioteca vacía*.....114
Edwin Alexander Ucles Moncada,
La ciudad de los Brut-tos.....115
Héctor García Pérez, *La ignorancia del fuego*.....121
Caterina García Muley, *Bibliotecas olvidadas*.....122
Marta Rodríguez Sacristán, *La biblioteca de mi abuelo*...123
Javier de la Rica San Gil, *Biblioteca sin libros*.....127
José Blasco Alagarda, *451 (otra vez)*.....129
Jorge García Pérez, *Silencio*.....133
Irene Madrigal González, *Cuentacuentos*.....134
José Ángel Calatayud Alaiz, *Cuando dejó de leer*.....139
Antonio Pastor Bustamante, *Soy libro*.....140

El día 0

Nerea Peña Peña

Cuentan los rapsodas, a quienes están dispuestos a escucharlos, que todo empezó el día 1. En un mismo momento, en todas partes y en todos los mundos, se abrieron las puertas.

No eran de esas que conoce la gente, de atravesarlas y llegar a un sitio físicamente. Eran más pequeñas, más abstractas y requerían que pusieras un poquito de tu parte.

Cuentan las rapsodas, cuando la multitud es más pequeña y te acercas a ellas, que en otros mundos no se han dado cuenta. Que creen que el suyo es el único y verdadero, que las historias que llenan sus libros solo son eso.

La gente suele reírse, ¿cómo puede haber algún pueblo por ahí que crea algo así? Sus bibliotecas son espejos hacia dentro y hacia fuera, lo saben desde mucho antes de que las llamasen así.

Cuentan les rapsodes, si les pillas un poco nostálgiques, que se acerca el día 0. Que en otros mundos el tiempo funciona en línea recta, pero sus historias no. Hacen círculos cerrados.

Si el día 1 nacieron los libros que llenaron las bibliotecas y conectaron los mundos, ¿qué pasa el día 0? Esa pregunta no la responden. Porque, cuando pase eso, no quedará nada, ni nadie.

Biblioteca Eugenio Trías, Biblioteca Elena Fortún,
Biblioteca José Ortega y Gasset de Las Rozas

Recuerdos

Florencio Cano Gabarda

—¿Estás jugando? —preguntó Andrés.

—No, leyendo —contestó Iván, su hijo.

Con estos cacharros modernos era difícil distinguir cuándo alguien leía o jugaba. Andrés siempre sentía una punzada de melancolía cuando recordaba a su padre en el sofá orejero, con algún libro de papel entre las manos.

—¿Qué lees? —se interesó Andrés.

—*La isla del tesoro*.

—Un clásico —dijo Andrés, que recordaba haberlo leído hacía muchos años.

—¿Me lo dejas? —interrumpió el abuelo.

Andrés y su hijo se miraron.

—Padre, es un libro electrónico. No sabe usted manejarlo —dijo Andrés al abuelo.

—Vale, hijo, perdona —respondió el abuelo.

—Papá —dijo dubitativo Iván—, ¿qué significa viagra?

—Es un medicamento —contestó Andrés—. ¿Dónde has visto eso?

—Me ha salido en el libro.

La dichosa publicidad otra vez. Andrés pensaba que ya la había bloqueado. No sabía qué más hacer. Tendría que pagar a un informático.

—¡Vamos a cenar!

Iván apagó el libro que estaba leyendo y Julia, su hermana mayor, acudió desde la habitación. Encendieron la televisión.

—Siguen hablando de la guerra entre Nova Rosiya y Ocadia —dijo Julia.

—Es importante y nos afecta a todos —contestó su padre.

—¿Por qué, qué está sucediendo? —quiso saber Julia, siempre curiosa.

—Es complicado. Conozco un libro genial sobre el tema, pero no me acuerdo del nombre. Cuando acabemos de cenar podemos buscarlo, si te interesa.

—Sí, me encantaría, papá.

Acabada la cena, Andrés y Julia buscaron el libro por Internet.

—¡Uf! —exclamó Andrés—, ¡ciento cincuenta euros!

Los libros se habían convertido en un artículo de lujo.

—¿Vamos a comprarlo? —preguntó Julia.

—No sé si podemos pagarlo —contestó su padre.

—Puedo preguntar si algún compañero lo tiene.

—No nos ahorraríamos casi nada. Estos cacharros controlan cualquier libro que pase de una persona a otra y, de todas formas, tendríamos que pagar.

—Vaya, no lo sabía.

—Cuando yo era pequeño no era así. Teníamos libros en papel y nos los prestábamos unos a otros.

—¿En papel? —Julia miró a su padre como si fuera un objeto de museo.

Andrés no quería privar a sus hijos de disfrutar de los libros, a pesar del esfuerzo que suponía.

—Vamos a comprarlo de todas formas —decidió Andrés.

Tras un par de minutos viendo publicidad sobre apuestas deportivas y pastillas estimulantes, Julia ya tenía el libro en su dispositivo.

—¿Ves, papá, qué cómodo?

***

—¡Buenos días, chicos!

—¡Buenos días, papá! —dijeron al unísono.

—¿Cargasteis los portátiles anoche?

—¡Vaya! ¡Yo no! —dijo Iván.

—Te tienes que acordar de cargar el portátil todos los días, ya lo sabes.

—Se me olvidó, papá, lo siento.

Andrés recordaba cómo los portátiles reemplazaron a los libros en papel en los colegios.

Los hermanos desayunaron y se dirigieron a la puerta.

—¡Despedíos del abuelo! —gritó Andrés.

Ambos abrazaron con cariño a su abuelo y le dieron un beso en cada mejilla.

—¿Quiénes sois? —preguntó el abuelo.

—Tus nietos, abuelo. Te queremos. Nos vamos al colegio.

—¿Mis nietos?

Andrés pensó que el abuelo cada día estaba peor de la memoria.

—Padre —dijo Andrés—, son Julia e Iván, sus nietos. ¿No los reconoce?

El abuelo murmuró algo, bajó la cabeza y se volvió a sumergir en sus pensamientos.

En cuanto los hermanos salieron por la puerta, el abuelo se dirigió a Andrés:

—Déjame un libro, hijo, por favor. Quiero leer.

—Padre, ya no hay libros de los que usted usaba. Ahora son todos electrónicos.

—No, hijo, dame uno en papel. No sé manejar esos cacharros. Ve a la biblioteca y saca uno para mí, por favor.

—Yo quiero, padre, pero es que ya no hay. Si quiere, le leo yo algo.

—Quiero leer yo. No me tomes por un viejo. ¿Irás a la biblioteca?

—Ya no hay bibliotecas, padre.

El abuelo lo miró confuso. Andrés se dio cuenta de que no tenía sentido continuar con la conversación.

—Sí, padre, no se preocupe.

***

A las dos y cuarto del mediodía Iván y Julia regresaron a casa. Mientras comían una noticia hizo que Julia se pusiera firme y negara con la cabeza:

«Esta noche la ciudad de Dóvido ha sido bombardeada. Dóvido es la ciudad más al este de Ocadia».

—Esa no es la ciudad más al este de Ocadia —dijo Julia—, es Istarine. Lo leí ayer en el libro que compramos.

—Te habrás confundido —dijo Andrés quitándole importancia.

Julia se levantó de la mesa y corrió a su cuarto. Volvió con el libro electrónico en las manos y echando pestes:

—No puede ser. Pone Dóvido. Y en el mapa ni siquiera sale Istarine. —Julia miró desconcertada a su padre—. No entiendo.

—No le des más vueltas —la intentó tranquilizar Andrés—. Ten en cuenta que los libros digitales los pueden modificar en cualquier momento a través de internet.

Julia bajó la mirada. Se la veía abatida.

—¿Pero por qué quitar una ciudad del mapa y cambiar la historia?

—Porque a alguien le conviene, Julia. Siempre ha habido gente poderosa que ha querido cambiar la historia por interés político, poder o dinero. Con los libros electrónicos es muy fácil reescribir la historia.

—¿Tú tenías muchos libros en papel, papá? —se interesó Iván.

—Tenía algunos, pero yo sobre todo iba a la biblioteca.

—¿Qué eran las bibliotecas? —preguntó Iván.

—Eran sitios donde había cientos de libros de todos los temas. Podías leerlos en la misma biblioteca o llevártelos a casa unos días.

—Debía ser carísimo tener una cuenta en una biblioteca —dijo Julia.

La idea hizo sonreír a Andrés.

—Para nada. Eran gratuitas.

—¡No puede ser papá! ¡No nos tomes el pelo! —rio Julia.

—Lo digo en serio.

—¡Gratis! ¡Cómo me gustaría que hubiera bibliotecas!

En aquel momento a Andrés se le ocurrió algo.

—El edificio de la antigua Biblioteca Central aún está en pie. ¿Os gustaría verlo?

—¡Sí!

—La biblioteca está cerrada hace muchos años, pero podemos verla por fuera.

—¿Habéis dicho biblioteca? —preguntó el abuelo—. Traedme un libro, por favor.

Los jóvenes miraron a Andrés con semblante triste.

***

El edificio de la antigua Biblioteca Central estaba a media hora de donde vivían.

La biblioteca se encontraba dentro de un parque en un barrio céntrico de la ciudad. El parque solía ser un importante pulmón y, por lo frondoso que se veía desde fuera, debía seguir siéndolo.

Cuando estuvieron cerca, Andrés les señaló el edificio, aunque desde fuera del parque solo podía verse la planta de arriba. Tenía las ventanas tapiadas con tablones.

Entraron al parque. Allí la vegetación había ganado la batalla a la civilización. Apenas se veía por dónde se tenía que caminar para llegar a la biblioteca. Avanzaban siguiendo la dirección que les parecía más correcta.

Al girar una esquina vieron la entrada de la biblioteca pero, al igual que las ventanas, estaba tapiada con tablones. Iban a pasar de largo, pero Andrés vio que los tablones estaban podridos por debajo, así que les propinó un golpe seco con el pie y se partieron.

—Entrad —dijo Andrés.

Los jóvenes se miraron cómplices y entraron.

Al entrar Iván y Julia miraron ojipláticos en todas direcciones. Les costó unos segundos articular palabra.

—¡Cuántas estanterías! ¿Para qué eran? —preguntó Iván.

—Estaban todas llenas de libros —dijo Andrés.

Julia e Iván alucinaban.

—Yo venía a esta biblioteca —continuó Andrés—. Saqué decenas de libros: de aventuras, de cocina, de gimnasia, de fantasía, de intriga. Vuestro abuelo fue el que me trajo por primera vez. Recuerdo aquel día.

Avanzaron a través de la biblioteca. Estaba desolada y olía a humedad. La luz entraba por las rendijas que dejaban los tablones en las ventanas e iluminaba pobremente

la estancia. El moho campaba a sus anchas. Hacía años que nadie había estado allí.

Mientras Andrés buceaba en sus recuerdos, Julia e Iván curioseaban por las estancias contiguas.

—¡Venid, rápido! —llamó Iván.

Andrés y Julia corrieron hacia donde se encontraba Iván. El menor de los hermanos estaba mirando detrás de una estantería.

—Mirad allí en medio.

—A ver, déjame. —Julia ocupó el sitio de su hermano—. ¡Sí! ¡Hay algo!

—Apartaos. Voy a moverla —dijo Andrés.

Se oyó la madera quebrarse y las estanterías se separaron. El objeto que habían visto cayó al suelo. Andrés lo recogió.

—¿Es un libro, papá?

***

—Le hemos traído una cosa, padre.

—¿Qué, hijo? —preguntó el abuelo sorprendido.

—Mire —dijo Andrés sacando el preciado objeto de su mochila.

—¿Es un libro? ¿Es para mí? —preguntó el abuelo mientras lo cogía con manos temblorosas.

—Sí, padre —dijo Andrés.

—Gracias, hijo. *El gran Gatsby* —leyó emocionado.

El abuelo hojeó el libro. Pasaba cada página con suma delicadeza, saboreándolo. Los ojos le brillaban.

—¿A qué huele? —preguntó Julia.

—A libro —respondió el abuelo risueño.

Entonces sucedió algo.

—Recuerdo este libro —continuó el abuelo—. Recuerdo cuando lo leí por primera vez.

Andrés y sus hijos se miraron sorprendidos.

—Fue en 1955. En la Biblioteca Central. Muy cerca de aquí. Mientras lo leía, una mujer se me acercó a preguntarme por él. Así conocí a vuestra abuela. Compartimos este libro.

—Qué bonito recuerdo, padre —dijo Andrés con la voz quebrada.

—Este tacto, este olor, esta historia. Cómo no, hijo, lo recuerdo perfectamente.

Biblioteca Pública del Estado en Valencia-Pilar Faus, la Biblioteca Joaquim Martí i Gadea que es donde iba de pequeño y la biblioteca que mi madre tenía en casa y en la que siempre veía todos aquellos libros que me animaban a leer

Asamblea

Nieves Juan Galipienso

—Sancho, ¿a qué viene tanto revuelo?
—Mi señor, no sé, espere que pregunte.

—Caperucita y Peter Pan están discutiendo,
los tres cerditos pintan pancartas
en vez de fabricar casas,
Spiderman ha convocado a todos los héroes de antaño,
y hasta la tortuga Tomasa, que ha logrado salir de su casa,
está alerta, a ver qué pasa.
Corren, gritan, parece una revolución cuentista.

Dicen buenas lenguas, lenguas de trapo, o de madera,
que no soportan ni un día más tanto silencio y oscuridad.
Añoran sentirse vivos, viajar de hogar en hogar.
Ver y conocer a adultos y niños, a adolescentes o bebés,
ayudarles a forjar sus anhelos, a concebir el sueño,
a despertar inquietudes, a desear pensar, a generar grandes ideas,
a querer bailar y cantar, en definitiva, a hacerles felices,
tarea diaria pendiente de todo humano que como tal se preste.

Todos deben saber que desde que las bibliotecas están vacías
se les acabó la vida, y echan de menos tanta algarabía.
¿Quién habrá escondido todos los libros?
Alguien que teme que estos sean leídos.
Por eso todos los personajes comienzan a rebelarse,
se asocian y planean cómo regresar a su estantería.

El soldadito de plomo pide refuerzos, Vicky el vikingo acude presto,
la guardia pretoriana y las legiones romanas forman filas,

Jaume I, el Cid Campeador, los templarios, los tercios de Flandes
y algún que otro centurión convencen a samuráis y ninjas
para que se unan en un objetivo común: recuperar los libros perdidos
y devolverlos a su templo, a su hogar,
para que cada biblioteca, llena, vuelva a estar.

Personajes de la Historia y de ficción se ponen manos a la obra
y con la magia de sus textos, la pericia de sus rimas
y el ingenio de cada escrito dan con las artes para retornar a su estante.
Objetivo conseguido, en uno o dos periquetes, los libros ya duermen
en sus baldas de madera, plástico o piedra, aguardando, cada nuevo día,
ser escogidos por ti y, junto a ti, poder sumergirse en nuevas aventuras,
descubriendo otros entornos, otras culturas, otros idiomas.
Mejorando tu capacidad lectora, despertando tu imaginación,
potenciando tu creatividad, ocupando tu tiempo libre,
[eliminando tu aburrimiento.
Relajando tu ajetreo, resolviendo tus dudas, concibiendo tu descanso.

¿Qué sería de las bibliotecas si desaparecieran los libros?
O mejor dicho: ¿qué sería de nuestras vidas si no existieran los libros?
Una triste y aburrida experiencia, pobre y carente de sentido,
monótona e insoportable existencia, de ignorancia repleta.

Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu San Miguel de los Reyes, Valencia, Biblioteca Municipal Rubén Darío de Aspe, Biblioteca Municipal de Trinitat-Vivers de Valencia y Biblioteca Pública de Valencia

El librito transparente

Goyo Ybort

Había una vez un niño, cuarto miembro de una humilde familia, que habitaba en una sencilla barriada de la gran urbe.

Este infante era un amante, aunque ignorante, de las obras escritas, de sus formas, de sus cubiertas o tapas, del olor de sus páginas, de sus palabras, que le reportaban cierta alegría; pero él debía conformarse con ver esos libros en las estanterías de otros hogares o en la única librería habida en una sola calle de su barrio; si acaso, en la biblioteca local. En su casa no era posible. Ni siquiera había librería o estantería, mucho menos libros, a excepción de los heredados para asistir a clase.

Quizá en la víspera de San Jorge, puede que en el día de San Proclo de Constantinopla, el joven nostálgico decidió romper una minúscula hucha que guardaba como oro en paño. Bajó a la papelería, casi bazar, del final de su calle y compró dos pequeños libros que le atraían, de tapas rojas ambos, sin importarle en demasía el contenido. Solo quería tener un libro en sus manos, quería asomarse al interior, pasar páginas, descubrirlo.

Vista la avidez y deseos del niño, como también sus carencias económicas, el veterano dependiente cogió un libro transparente —sobrante en la trastienda— y aparentemente insulso —comparado con cualquier otro escrito—, y se lo obsequió.

El niño llegó a su casa y, poniéndose de puntillas, situó sus dos llamativos libros rojos, que plasmaban otros mundos, sobre el viejo aparador del salón, dejando en el

vértice más próximo a su alcance el más vacío de todos, el transparente y regalado.

Empezó, de este modo, el chico a vivir su modesta formación como lector en el hogar, compartiéndola con sus padres y hermana, quienes celebraron con alegría contenida, por no decir desencanto, esos inéditos y rectangulares efectos de cierta antigüedad, de escasa brillantez y atracción.

Pero el crío observaba con detenimiento y esperanza lo que le procuraba el tercer librito, el que no tenía color ni contenido propio. Él podía ver a través suyo todo cuanto estaba a su alcance, incluso los otros dos libros rojos.

El niño quedó prendado por aquel regalo del dependiente, por aquella insustancial transparencia que, sin embargo, le servía de prisma, de lupa, y le abría todo un mundo de imágenes. Ya veía más allá, tenía una visión propia a través del cristalito rectangular, no quedaba limitado en ver exclusivamente lo que podían contener las otras obras, más trabajadas pero más densas.

Entonces la felicidad del chaval cobró magnitud, se proyectó a través del traslúcido libro que siempre parecía decirle algo y que, sobre todo, le había conferido, al fin, un pleno sentimiento hacia la lectura y al descubrimiento de la literatura de forma autodidacta.

La transparencia de uno le condujo a devorar los textos de los dos libros adquiridos, a entusiasmarse con algo a lo que antes no había tenido acceso, pero siempre le cautivó. Contagió a su hermana, incluso a sus padres, quienes también se aprendieron, casi de memoria, cada párrafo de los dos trabajos.

Tal fue el descubrimiento que el niño, una vez concluyó su formación académica, consideró que el libro de cristal podría contagiar, orientar el camino y ser útil a otros niños, por lo que decidió bajarlo de su antiguo aparador y donarlo, con leve sollozo, a la pequeña biblioteca pública de su barriada.

Porque jamás se pierda la esencia de ese niño, y podamos rendir digno tributo a escenarios antiquísimos como los de Asurbanipal, Alejandría y Atenas, o a los más cercanos de la Universidad de Alcalá de Henares, el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, el Alcázar, o del palacio de Leganitos de los Duques de Osuna —cuya biblioteca fue considerada la primera pública y mejor dotada de Madrid—, o de la Biblioteca Popular de Chamberí, todas pioneras.

Porque siempre veamos, leamos, a través. Para que nuestro conocimiento y sentimientos no reboten en un cristal, aunque este resulte bonito; y por revalidar aquella frase de Jorge Luis Borges: «Siempre imaginé que el Paraíso sería algún tipo de biblioteca».

Biblioteca Histórica Municipal de Madrid (calle Conde Duque, 9), por ser la que más me apasiona,
Biblioteca Pública Moratalaz (calle Corregidor Alonso de Tobar, 5), por ser la primera que frecuenté en mi etapa escolar

Preservación

Marla

Elia tocó con las yemas de los dedos los estantes de madera resquebrajada, dejando que el polvo que antaño se solía acumular en los lomos de todo tipo de obras en papel se le adhiriera a las huellas dactilares. Recordó con pena un tiempo en el que estas le habían servido para desbloquear el *e-book* en el que guardaba todas sus novelas digitales, también perdidas en el día del Sacrificio de la Cultura de cierto *politicucho*, que había logrado la destrucción de todos los libros del mundo a cambio de la Vida Eterna.

«Pues menuda vida eterna te espera», se había quejado la mujer para sus adentros cuando se enteró de la noticia.

Suspiró una última vez y se giró al científico que la acompañaba, señalándose el cráneo ahora perfectamente rapado.

—Estoy lista, conviérteme en un libro-humano.

Biblioteca Pública del Estado de Zaragoza y la Biblioteca para Jóvenes Cubit (Zaragoza). Bueno, y The British Library (Londres), pero me pilla un poco lejos

Las palabras

Lucía Solana Pérez

Los diccionarios
son palacios de papel
donde residen las palabras.

Hay palabras blancas,
como la nieve pura.
Palabras azules,
como el ancho mar.
Palabras amarillas,
como el astro sol.
Palabras rojas y magentas,
como el amanecer y el ocaso.
Palabras negras,
como las noches sin luna.

Las palabras
vienen y van,
vuelan, revolotean,
se esconden, juegan,
saltan, ruedan,
cantan, lloran,
se juntan, se alargan,
presumen y se acicalan.
Tienen vida propia
y sutil armonía.

Las palabras...
nombran y nos nombran,

denominan al universo.
Estructuran...
nuestras mentes,
nuestros pensamientos,
deseos y emociones.
Las palabras...
espejos de realidad,
de imaginación y fantasía.

Palabras que se hermanan
para darnos sentimiento y vida.
Palabras en libros y bibliotecas
que nos acompañan y sustentan.

Sin libros estaríamos vacíos,
sin conocer el pasado,
sin vivir el presente,
sin preparar el futuro.

Mis bibliotecas favoritas:
Biblioteca Pública Municipal Ángel González,
Biblioteca Pública Comunidad de Madrid
Antonio Mingote,
Biblioteca Regional de Madrid Joaquín Leguina

A los niños que no leen

Sonia Mª Saavedra de Santiago

Cada libro tiene su historia. La particular historia que me unió a *El niño que tenía un vidrio verde* llegó con una visita que hice a un recinto descuidado en el que todavía quedaba en pie una sala de conferencias que nadie utilizaba. En ella, varios libros permanecían amontonados sobre muebles destartalados, entre vitrinas sucias, sillas sin limpiar, estanterías polvorientas, mesas agrietadas y cajones que no cerraban. En aquel maremágnum de tomos, páginas, enciclopedias y libros traté de localizar un ejemplar de *La busca* de Pío Baroja, un libro que, treinta y cinco años atrás, había tomado prestado de ese mismo lugar que en su día fue biblioteca y sala de estudio para jóvenes. En aquel momento yo cursaba tercero de bachiller; en Literatura tocaba repasar la Generación del 98, y, tras leer *Zalacaín el aventurero* de Baroja, *Niebla* de Unamuno y *La rebelión de las masas* de Gasset, decidí adentrarme en mis propias búsquedas de pequeña adolescente que se resistía a crecer. La fantasía, la emoción y la aventura las viví intensamente con *La historia interminable*; el suspense llegó con Agatha Christie; la corrección y el gusto por leer con Torcuato Luca de Tena; la sagacidad con Quevedo; y el drama, el reproche y la infidelidad me sorprendieron con Mario y las cinco horas que Menchu pasó a solas en el velatorio de su esposo. Todos los títulos que leí me encantaron y me encadenaron a un mundo de emociones en el que los jóvenes de entonces poníamos todo nuestro interés, pues la música, el cine y la lectura

resultaban mucho más enriquecedores que los estímulos virtuales de hoy en día.

En medio de esos recuerdos me di cuenta de que, tanto entonces como ahora, los espacios rectangulares y bien iluminados repletos de libros siempre han constituido la base de un universo repleto de cultura, sabiduría e inquietudes que podían ser colmadas con el simple gesto de acudir a una sala convertida en atrayente centro de reuniones silenciosas.

Treinta y cinco años después estaba en aquel mismo lugar, pero ya no había nadie y todo permanecía en desorden. Mis ojos, que desde hace unos años acusan una incipiente presbicia, no me permitían leer cada uno de los títulos que trataba de adivinar y solo alcanzaban a distinguir tamaños y colores de libros. Entre todos ellos me llamó la atención el color verde oscuro de un ejemplar cuyo título me pareció claramente juvenil: *El niño que tenía un vidrio verde.* Pedí permiso al encargado de vigilar las instalaciones para llevarlo a casa en concepto de préstamo, y el permiso me fue concedido sin dilación. Ya en casa, en mi rincón de lectura, descubrí que ese tesoro estaba dedicado «a Juan Ramón Jiménez por aquellas cinco palabras de su dedicatoria en mi ejemplar de *Platero y yo*». En la página siguiente aparecía otra dedicatoria que me conmovió: «A los niños del barrio pobre que nunca leerán mi libro». Una mezcla de interés y euforia me envolvió hasta erizarme la piel, pues solo hacía unos años que la descripción de Platero me había inspirado la descripción que hice de un bebé de porcelana cuyo cabello era del color del trigo cuando amanece y del de los atardeceres anaranjados que lucen cuando se pone el sol. Por otro lado, yo

también era consciente de que mis deseos coincidían con los de ese escritor de Cuenca recién descubierto en una biblioteca ruinosa, pues más allá de la simple lectura, yo, como él, quería hacer llegar mis letras a esos niños pobres que quizás nunca leerían mis escritos. Seguí avanzando, apenas una página, y en el prólogo de Pedro De Lorenzo descubrí que *El niño que tenía un vidrio verde* había sido galardonado en 1962 y que, en su rápida y sencilla prosa, Federico Muelas nos presentaba una crónica de la despedida de la niñez, una niñez cuyo ocaso coincide con la pérdida de algo, una niñez que nos impulsa a contemplar y sentir, a reír y llorar, a leer y escribir sobre aves silvestres, senderos estrechos, paisajes de nieve y nubes de algodón y chocolate que en algún momento dejarán de ser azúcar y cacao para convertirse en manantiales.

Pensé entonces en quienes no han tenido nunca el privilegio de querer inventarse historias con personajes de cuento y en el desinterés forzoso de aquellos niños de barrio que nunca leerían porque nadie les dijo jamás cómo se construían los mundos que emanaban de las páginas de un libro. Sí, pensé en ellos, y, mientras recordaba la experiencia vivida entre aquellas paredes, imaginé un haz de luz esperanzadora entre los renglones olvidados de una biblioteca abandonada.

Josefina Soria de Cartagena, La Picasso y la Cervantes de Colmenar Viejo, La Regional Murciana, la biblioteca de Cebolla en Toledo, la del Escorial y la de Sarajevo

La penúltima biblioteca

Román Sanz Mouta

Los libros fueron sacrificados en piras, violando un cielo que ya nunca quiso ser azul templado.

Maldita intolerancia.

Robaron a los niños la inocencia del cuento. Robaron placenta y aire a la palabra escrita, distorsionando el sentido de las letras. Convirtiéndolas en odio. En sentencia destruida.

Extinguieron la imaginación como quien arranca el pétalo y profana la rosa: sin tinta no hay pensamiento. Sin pensamiento, los humanos son roca que no admite arena.

Y el mundo fue máquina. Y los hombres olvidaron cómo llorar y las mujeres cómo estremecerse ante la prosa. Obedientes de una doctrina profana.

Esclavos de mudez impuesta.

Las ruinas de las bibliotecas adornaban un paisaje marchito. Como el viejo que ve alejarse la marea. Un océano sin sal que solo devolvía botellas sin mensaje y mensajes sin botella.

Hasta que se alzó la voz. La voz que aún recordaba una vieja canción de cuna. Acordes de un pasado que escapó de la ceniza. Que creció. Raíz en tierra fértil. Pasando de boca a boca, de invierno a invierno. Aumentada, aderezada, construida.

El suspiro de la penúltima biblioteca se fundió con la niebla vespertina.

Aún quedaba esperanza.

La voz se convirtió en tinta.

La biblioteca de Vegadeo, junto a la biblioteca pública Jovellanos de Gijón, y la biblioteca de Évora en Portugal

Hasta la Z

Yolanda Sainz Sánchez

Ya era tarde.
¿Cómo postergar más
aquella noticia de desapariciones?
Cuando llegué, el vacío se revestía del
recuerdo de todos los libros. De todos.

Había entrado por una ventana
del primer piso.
Llegar allí fue un viaje a través de las hojas de los árboles.
Desde el bosque,
deslizándose por la tierra,
diluyéndose en las gotas del agua
que encontraba.
En aquel noviembre extraño, aquella noche.
Comenzó por la P.
Deshizo Proust en tres segundos. Q, R, S.
Un salto hacia delante
la llevó hasta la W, y avanzó devorando todo hasta la Z.
Y, sin saberse el diccionario, volvió hasta la A. Arrasó los últimos Auster. Después, bastaba con pasar de una balda a otra, entre estanterías. B, C, D…

A las dos horas desaparecía la J, llevándose Henry James y todo el siglo XIX. K, L, LL, M. Nada quedó de Murakami.
Y así con todos los libros,
devoradas sus hojas,
sus tapas, sus palabras.

Aquella bacteria se alimentaba de papel, se multiplicaba con ferocidad a cada línea.

Estábamos ante una biblioteca sin libros,
una biblioteca arrasada.
Solo quedaban los libros guardados en dispositivos electrónicos.

Más tarde, descubrimos que la luz, bendita luz, mataba esa bacteria.
Y desde entonces, siempre hubo luz en las bibliotecas, también iluminadas con móviles y *tablets* llenas de libros digitales.
Libros que volvimos a imprimir, por autor, desde la A. Hasta la Z.

Biblioteca Lope de Vega de Tres Cantos (Madrid)

Biblioteca de recuerdos

Héctor García Pérez

De arriba abajo y de aquí para allá, busco y rebusco en cada ángulo, examino cada rincón de esta inmensa oscuridad, sin embargo, no hallo los libros. Desparecidos ellos y desparecido yo, pues perdido en la penumbra no me encuentro. Así pues, decido escarbar y escarbar con mis manos, como si de palas se tratasen, hasta que por fin abro una grieta en la negrura que permite pasar la luz y allí, justo allí, en mi recuerdo los vuelvo a descubrir, pues ese lugar no puede ser vaciado. De la biblioteca que allí reside solo yo poseo las llaves. Es el lugar donde se hallan para siempre los libros y donde yo siempre me he hallado.

La vuestra es ahora ya una de mis favoritas, junto con la biblioteca pública de Linares y Caótica de Sevilla

El tamaño importa

Libertad García Villada y Jesús Durán Durán

Dmitry accedió al local con el código que le habían facilitado. Antes había permanecido unos instantes fuera, observando el entorno, escudriñando, escuchando. Una vez controlado el exterior se decidió a entrar. Pese a la oscuridad, casi impenetrable, que dominaba el interior, supo que estaba solo. Gracias a un sexto sentido que había desarrollado con el tiempo y que le había salvado el pellejo en más de una ocasión. Un sexto sentido necesario en su profesión, si podía llamarse así a lo que se dedicaba. Para él era *arte*.

Siempre procuraba llegar el primero a las transacciones para dominar la situación, pero en esta ocasión la otra parte se estaba demorando en exceso de la hora convenida. Chasqueó la lengua de disgusto, no le gustaba que le hicieran esperar, mucho menos en esas condiciones. Pero la gente era toda informal, ya no se tomaba nada en serio, ni un trabajo como el suyo. Ya no había profesionales como él. Era un verdadero asco.

Se puso a observar más detenidamente el local para matar el tiempo. Pese a la escasa luz nocturna que se colaba por las ventanas no era difícil apreciar, una vez que los ojos se acostumbraban a la oscuridad —y los suyos eran veteranos en estas lides—, que aquel era un antiguo almacén, ahora en desuso o abandonado. Muy apropiado para el tipo de negocio que se traía entre manos.

No estaba nervioso. Había pasado por situaciones similares un millón de veces. Y nunca lo habían pillado. Ni

había tenido problemas, o al menos no problemas importantes. Pero le molestaba la impuntualidad, la dejadez, la falta de profesionalidad. No obstante, era capaz de tragar esto y mucho más por un libro. Por un libro quizá incluso sería capaz de matar.

Los libros habían dejado de imprimirse en papel hacía ya mucho tiempo para preservar los árboles, que con el avance de la crisis climática se habían convertido poco menos que en sagrados. Los libros de papel se habían sustituido primero por los electrónicos y los audiolibros. Después, con los programas de cine en realidad aumentada, diseñados para uso privado, en cualquier plataforma, mediante los que cada consumidor a la carta podía decidir el aspecto de los personajes de una historia y el ambiente en general, o el narrador, si tan solo quería escuchar, la gente ya apenas leía, lo visionaba todo. En cualquier caso, desde hacía años las historias, no importaba el formato, no interesaban, solo los programas de *youtubers* atraían el interés de la gran mayoría. Así, los libros de papel, los que habían resistido el paso del tiempo, las recurrentes plagas de polillas de libros —intensificadas por el imparable cambio climático— y la quema durante la histórica crisis energética de la década de los cincuenta, se habían convertido en objetos raros, de culto, de coleccionista. Las bibliotecas hacía tiempo que habían desaparecido, no solo por falta de libros, también de lectores. En algunos países fueron expoliadas tras su cierre. Unos pocos libros se exhibían en museos. Muchos se preservaban bajo llave en cámaras acorazadas. Pero la gran mayoría, por supuesto, circulaba en un mercado negro específico en el que se compraban y vendían con total impunidad. Y la

gente que podía, que podía permitírselo, como siempre, los poderosos, pagaban auténticas locuras por incluir uno en su colección personal.

A esto precisamente se dedicaba Dmitry, a traficar con libros. Y esa noche estaba allí, en aquel almacén abandonado, donde lo habían citado para conseguir uno que llevaba tiempo queriendo adquirir.

Un libro del siglo xx.

Pese a que este siglo fue en el que se imprimieron más ejemplares, el valor de los mismos no era inferior a los de otros siglos, porque también habían sido los libros de este periodo los que más habían sufrido las pestes y, sobre todo, la quema incontrolada de los años cincuenta. Un ejemplar del siglo veinte seguía siendo un artículo muy valioso. Y el que iba a adquirir tenía nada menos que más de mil páginas. Mil y pico maravillosas páginas.

Dmitry sonrió de puro placer, seguro que encontraría un buen comprador al que revendérselo. Solo habría que arreglarlo un poco. Por esto era Dmitry tan bueno en su profesión, no solo porque tuviera instinto para el negocio, supiera el oficio y contara con un sexto sentido. Además sabía restaurar los libros. Casi todos tenían algún desperfecto, alguna tara que disminuía su valor. Él los adquiría a la baja, los arreglaba y los vendía por un precio significativamente superior al de compra. El negocio era redondo y le permitía vivir bastante bien.

Oyó la apertura de una puerta al final del almacén. Por fin pasos en el recinto. Dos pares, como suponía. Le gente le tenía miedo, su fama le precedía. Se cercioró de que tenía, en el bolsillo derecho del abrigo, el arma dispuesta. Le quitó el seguro a la Glock y dejó la mano en

la empuñadura por si acaso las cosas se ponían feas. Tenía además ventaja porque su vista ya se había acostumbrado a la oscuridad.

Dos siluetas se acercaron hasta una distancia prudencial, una más grande, más voluminosa que la otra. Ambas de sombrero de ala caída y abrigo con solapas anchas, como tocaba dadas las circunstancias.

—Buenas noches, Dmitry —dijo una voz seca procedente de la sombra de menor tamaño.

—Buenas noches —respondió él y fue directo al grano—. ¿La mercancía?

La sombra de mayor tamaño avanzó unos pasos hasta un foco de luz de luna. El hombre abrió el maletín que portaba y así lo mantuvo, con su interior a la vista. Dmitry se acercó sin poder apenas controlar su excitación. Allí estaba, oh, allí estaba.

Los pasos a seguir a partir de ese momento eran estándar. En primer lugar, al comprador se le permitía examinar el objeto de la transacción. Dmitry tocó la cubierta; era tal y como la esperaba: suave, fina y flexible. Los colores estaban casi inalterados, tan solo un poco deslucidos por el paso del tiempo. Había algún que otro pequeño daño, pero nada que no pudiera arreglar con cierta facilidad. Verificó también el correcto estado de la encuadernación. Lo abrió entonces por la mitad y lo hojeó brevemente. El tacto del papel era tan delicado, tan suave. Casi le temblaron los dedos. Y su sonido al pasarlo... Dmitry acercó el oído. Aquel sonido era especial, sin duda. Observó la impresión: intacta. Daba gusto ver todas aquellas letras y los números, cada cosa en su sitio, con tal pulcritud, tanta precisión. Tanta información casi daba vértigo.

Contuvo ahora el aliento, llegaba el momento que más disfrutaba: acercó el rostro al ejemplar y respiró el aire de sus páginas. Aún conservaban el olor a libro. Dmitry se emocionó, lo hacía todas las veces en que sentía aquel aroma divino que no le traía nada a la memoria pero que le incitaba a pensar que su vida tenía sentido. Aquel libro era tal y como lo había esperado. Sonrió.

—Hay trato —dijo.

—¿No necesitas una muestra para confirmar? —le preguntó el bajo.

Los inexpertos y los aficionados exigían un minúsculo fragmento de una hoja al azar que sometían a un analizador de libros. Era este un artilugio capaz de determinar si el libro en cuestión era auténtico o una falsificación —se imprimían imitaciones en materiales que no eran papel pero lo parecían—. También para determinar el año aproximado de impresión.

Dmitry resopló.

—Por favor, soy un profesional. Tu mercancía está correcta, no necesito más para saberlo. —Dmitry entonces se abrió el abrigo muy despacio y con dos dedos extrajo del bolsillo interior una tarjeta que le tendió al bajito—. El dinero acordado.

El bajo tomó la tarjeta y sin más la insertó en un lector portátil que llevaba consigo y que le confirmó al punto la cantidad. Dmitry recitó una serie de números y letras: la clave de activación. Tecleándolos en su lector, el bajo asintió, confirmando que todo estaba correcto, y el alto entonces le dejó a Dmitry la maleta cerrada, con el libro dentro, en el suelo, a su vera.

—Como siempre, un placer hacer negocios contigo, Dmitry —dijo el bajo y, haciéndole un gesto al alto con la cabeza para indicarle que era el momento de marcharse, añadió—: Hasta la próxima. Cuídate.

Alto y bajo se alejaron, confundiéndose con las sombras del almacén, y pronto se difuminaron, sus pasos dejaron de ser audibles. Entonces Dmitry volvió a abrir la maleta para admirar ahora en la intimidad su adquisición. Casi no se lo podía creer, era la primera vez que lograba un ejemplar de aquel tipo. Lo tendría unos días en su poder para disfrutarlo antes de restaurarlo y volver a ponerlo en venta.

Cerró la maleta y sonrió de puro placer, un *Páginas amarillas* auténtico, solo para él. Todas aquellas hojas impresas. Ningún ejemplar superaba en extensión este tipo de libros. Aquel *Páginas amarillas* era, con mucho, mejor que cualquier copia del *Quijote*.

Biblioteca Eugenio Trías, Casa de Fieras El Retiro, Madrid; La Sagrera, Marina Clotet, Barcelona; Guinardó, Mercè Rodoreda, Barcelona; Iván de Vargas, Madrid

Una biblioteca sin libros

Dorinda López González

Soledad, tristeza, frialdad,
ausencia espiritual
de todos aquellos grandes
que en esta vida, ya no están.
Es un desierto,
sin esperar encontrar un oasis
y apagar la sed,
en este caso espiritual.
La sed de querer saber,
de querer indagar,
que abre nuestra mente,
nos hace flexibilizar.
Nos hace más humanos
comprendiendo pensamientos,
quitando rigideces
sin perder nuestro norte,
ni nuestra personalidad.
La ausencia de cultura
es cuna de muchos males,
quiero bibliotecas con libros
para un mundo bueno y mejor.

Mi biblioteca favorita (ya no existe)
Biblioteca Concha Espina

Una biblioteca vacía

Lourdes de la Rosa Alcaide

La primera biblioteca que conocí fue la que mi padre construyó en su despacho. Era de hierro y ocupaba toda una pared. Cada mes añadía nuevos libros que compraba por correo y que yo creía que eran para su lectura, hasta que un día añadió un ejemplar con tapas verdes —me encanta el verde— que atrajo mi atención. Lo cogí, lo abrí y comencé a leer, es más, me introduje en la historia como si estuviera navegando en una nave espacial. Emocionada, fui a contárselo, a lo que mi padre contestó: «Estos libros son para ti». Aquella mañana la pasé leyendo y desde entonces, antes de ir al colegio, me deslizaba hacia la estantería y leía unas páginas. Devoré la colección completa de Julio Verne y muchos más que fueron llegando y que yo iba colocando en los estantes como si fueran bolas en el árbol de Navidad.

Mi padre se fue años después pero sus libros quedaron conmigo, bueno, algunos cambiaron de mano, otros perdieron hojas, otros los di, nuevos vinieron… Y con los años comprendí que, sin aquellas historias, mi vida sería una biblioteca vacía en un mar de plástico.

La biblioteca de mi barrio, Clara Santiró i Font, Edificio Rambleta

El aullido de los lobos

Rubén Cifuentes Gómez

El sargento Dominic Sanderson se sacudió sus pensamientos cuando el jefe Mills, de la Brigada Contra la Palabra Escrita, irrumpió en el despacho que compartía con su compañero, el sargento Carlo Varella.

—Nuevo aviso del equipo de vigilancia en la vieja fábrica de muebles abandonada en el barrio obrero. Estaban trabajando en una operación de seguimiento y han comprobado que en esa fábrica se reúnen seguidores de la Palabra Escrita —dijo el jefe—. Hoy debían intervenir y detenerlos al atardecer cuando todos estuviesen dentro del edificio pero al entrar…, no había nadie. Solo polvo e incredulidad —continuó Mills.

—Todos están desapareciendo —gruñó Carlo.

Llevaban tiempo investigando casos semejantes que les venían rebotados de los equipos de vigilancia, pero no habían conseguido clarificar nada. Era como si todas esas personas se hubiesen esfumado.

—No podemos descartar que los casos estén relacionados. Llevamos semanas haciendo conjeturas pero no tenemos nada y los de arriba se están impacientando. Necesito que vayáis inmediatamente a esa fábrica y me traigáis algo para ofrecerles —concluyó Mills con expresión severa.

Mientras Mills se marchaba, Carlo miró a Dominic con resignación. Se fueron de la comisaría en coche y, en apenas unos minutos, llegaron a la vieja fábrica.

—Vamos a ver qué encontramos en esta biblioteca —dijo con sarcasmo Dominic cuando bajaron del coche y se dirigían a la entrada del edificio.

—No sé por qué les sigues llamando bibliotecas, Dom. Han pasado décadas desde que se destruyeron los últimos libros. Solo son antros ilegales que tenemos que destapar —respondió Carlo secamente.

—Si lo que hacen en sus encuentros es contar historias que recuerdan, novelas que leyeron hace tiempo, relatos que perviven en su interior o crear algo nuevo y compartirlo, al final han heredado la finalidad de algunos de los libros destruidos. Por eso para mí son bibliotecas —dijo Dominic con naturalidad—. Ni siquiera sé si eso debería ser un crimen —concluyó apesadumbrado.

—Mira, Dom, sabes que te aprecio de verdad —dijo Carlo preocupado—. Pero debes tener cuidado con lo que dices. Teníamos que destruir los libros para salvar esta sociedad. El ser humano necesita que lo guíen para no perder el rumbo. Sin libros que fomenten líneas alternativas de pensamiento, sin educación y enriquecimiento interior que pueda desembocar en una visión del mundo distinta a la que ofrecemos.

—Siempre el mismo discurso —dijo Dominic con voz queda.

—Esta sociedad requería un control y se lo hemos dado —continuó Carlo—. Facilidades para consumir ocio y necesidades materiales para mantenerla en constante felicidad. Efímera, sí, pero por eso la maquinaria de crear productos es perpetua. Y se centra en el consumismo, la depuración del aspecto físico y el ocio en todos sus ámbitos. Todo instantáneo. La realidad del

funcionamiento del mundo se la presentamos de forma que creen que ellos pueden elegir y decidir. Y son felizmente ilusos, ya que todo está orquestado para que el sistema siga funcionando. Esos libros eran un arma terrible que amenazaba la sostenibilidad de ese sistema y la seguridad de todos.

—Yo… —comenzó dubitativo Dominic—. En el fondo sé que tienes razón, pero a veces siento…, que son perseguidos y encerrados como a animales salvajes por seguir sus instintos. Como se hace con los lobos del bosque.

«A veces creo escuchar sus aullidos en la noche», pensó Dominic.

Carlo observó a su compañero. Le invadió la tristeza que desprendía, pero no dijo nada. Ambos detectives atravesaron la puerta principal de la fábrica para encontrarse en la penumbra de una gran sala vacía del tamaño de una cancha de baloncesto.

Se percibía el polvo en suspensión gracias a los rayos de luz que se filtraban por las rendijas de unas ventanas que habían sido tapiadas con tablones de madera y se podían apreciar claramente multitud de huellas en la capa de polvo que cubría el suelo.

Encendieron sus linternas y revisaron cautelosamente toda la estancia. No había nada que llamase su atención salvo unas pequeñas marcas casi imperceptibles en el suelo al final de la sala.

—Parece una trampilla oculta —dijo Carlo.

Dominic la abrió y bajaron de un salto. Empezaron a escudriñar con sus linternas aquel sótano oscuro que debía

ser la mitad de grande que la sala superior. No había nada, solo polvo.

Carlo comenzó a sentir una presión en el pecho que le impedía respirar con normalidad, ascendía hasta la garganta como si de una mano invisible que lo asfixiaba progresivamente se tratara.

Cuando hubieron andado unos metros, Dominic se detuvo.

—Dom. ¿Has visto algo? —dijo Carlo con apenas un hilo de voz.

—No es lo que veo… —contestó Dominic con cierta agitación—. Es lo que no veo.

Carlo se sentía aturdido por la falta de aire. No entendía lo que quería decir Dominic.

—Mira al suelo…, no hay huellas, solo las nuestras. Se ven claramente como pisadas en la arena de la playa. Aquí no ha bajado nadie en años —aseveró Dominic.

Carlo comenzó a iluminar nerviosamente todo el suelo del sótano hasta detenerse en sus propias huellas.

—Salgamos de este agujero, algo se nos está escapando —dijo Carlo entrecortadamente sin levantar la vista.

Cuando se encaminaban hacia la trampilla se detuvieron en seco. Dominic dejó escapar un grito ahogado y su linterna cayó al suelo enfocando en parte la figura enorme que se erguía ante ellos. Carlo desenfundó su arma y apuntó, mientras con su linterna iluminaba el rostro de aquella figura.

Ambos enmudecieron. A pesar de que se encontraban a tan solo unos pocos metros del intruso y de que la linterna enfocaba directamente a la cabeza encapuchada, no podían ver su rostro. Era como si la luz no alcanzase la

zona donde debía estar su cara. Podían ver la túnica, unos guantes y las botas, pero su rostro era como un agujero negro que absorbía la luz.

Una voz áspera y grave, como si de un gran animal salvaje se tratara, tronó de pronto:

—Es la hora de los lobos. La hora de la rebelión. Noche tras noche aúllan y lloran en la oscuridad a la que han sido condenados. Asediados y encarcelados por alimentar su instinto, por elegir otra manera de vivir, por seguir quizá el verdadero y único camino para ser libres. ¿Es que acaso no escucháis sus aullidos? —La voz parecía surgir de aquella figura pero Carlo la percibía como si proviniese de todas las direcciones de aquel sótano.

—¡Arrodíllese! ¡Las manos en la cabeza! —gritó Carlo mientras amartillaba su pistola.

La figura permanecía impávida. De pronto Carlo observó desencajado cómo Dominic avanzaba lentamente en dirección a la figura tendiendo la mano hacia delante.

—¿No los oyes, Carlo? Escucha…, son lobos, están aullando —susurró Dominic.

Carlo enfocó a su compañero. No estaba asustado, su expresión era serena y relajada, de pura y auténtica felicidad.

Sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo, asustado y dolorido por la intensa presión en el pecho, Carlo volvió su linterna hacia la figura y de repente la voz restalló como un látigo:

—La Palabra Escrita ha sido destruida. Sin libros, sus seguidores se reúnen para compartir las historias que han resistido el paso del tiempo. Aprenden unos de otros, atesoran saber y conocimiento. Ahora son hostigados y

humillados, privados de las emociones y sentimientos que estallaban en sus corazones, de la riqueza que forjaba sus raíces internas y las conexiones que servían de enlace con todo el universo —aseveró la voz.

La presión en el pecho de Carlo crecía impasiblemente. La garra invisible que se ceñía alrededor de su cuello cada vez le asfixiaba con más fuerza. Sentía náuseas y su visión empezaba a mermar rápidamente. No podía pensar con claridad, desesperado y aterrorizado disparó contra la figura. Disparó varias veces convencido de haber acertado pero, tras los disparos, ya nadie había delante de él. Comenzó a girar angustiado enfocando con nerviosismo en todas direcciones, pero solo había polvo y oscuridad.

—¡Dom! ¡Dom! —gritó histérico a la vez que caminaba con dificultad hacía la salida.

De pronto se detuvo. Ahora sentía claramente el tacto enguantado de una mano alrededor del cuello que lo agarraba desde atrás y le presionaba la garganta con una contundencia descomunal. No podía gritar, apenas le llegaba el aire a los pulmones. Su visión comenzó a nublarse mientras percibía un aliento húmedo y pegajoso tras su oído.

—Soy siervo y protector de los lobos. Soy el libertador de la Palabra Escrita —dijo la figura con voz cálida y meliflua.

Carlo apenas se tenía en pie, se sentía muy fatigado. Solo quería dormir, sumergirse en el mundo de los sueños.

—El tiempo de los libros ha regresado. Volverán a resurgir los antiguos y los nuevos. Es inevitable —susurró la voz.

Carlo cerró los ojos y dejó que lo envolviera la oscuridad como un mar cálido que lo arrullaba en sus brazos. Ya solo podía escuchar un sonido. Parecía lejano pero lo reconocía, ahora lo escuchaba con claridad.

«Es el aullido de los lobos», pensó antes de sucumbir a las tinieblas del abismo para siempre.

Hogar sin vida

Victoria Sánchez-Sierra Viera

¿Qué sería de mí sin mi ruido,
mi silencio? Sería un trapecista
andando sin más y sin descuido,
una tecla sin cuerda ni pianista.

¡Qué sería de mí sin mi imbuido
viento por sus hojas y la arista
que cuelga por verse excluido
ni haber sido escrito! No exista

libre, sería una osadía
ver cerradas tus puertas vacías,
sin corazón, mente y alma,

un mar sin agua y sin calma,
un inhalar sin tu aroma;
un hogar sin vida que al alma asola.

Librería Méndez, La Central,
biblioteca pública Artilleros

La olla a presión

Adriel García del Pino

Cuando el Concejo de Sabios anunció que todas las historias, tanto las actuales como las futuras, ya estaban escritas y que necesitaban espacio para erigir monumentos a los «Nuevos Héroes», los primeros lugares en desaparecer fueron las bibliotecas.

Aunque, en teoría, el cambio debía producirse de forma paulatina, las personas no dudaron en vaciar también las librerías de sus hogares, y realizaron hermosas piras en cada ciudad y barrio donde depositaron sus libros para que fueran pasto de las llamas.

De esta forma, los primeros textos literarios en desaparecer fueron las leyendas; las raíces que sustentaban las creencias ancestrales se desvanecieron y muchas comunidades empezaron a olvidar su identidad.

A continuación, le siguió la poesía. ¿Quién echaría de menos sus versos y estrofas? Y ese año la primavera fue diferente: las flores ya no se esforzaron en mostrar al mundo sus colores, resultó difícil diferenciar el amanecer del ocaso, y la gente comenzó a reprimir sus sentimientos, convirtiendo el *amor* en una mera palabra.

Pero, aun así, no fue suficiente. Tras varios días reunidos, los Sabios determinaron que los cuentos y las novelas también debían unirse al fuego para que iluminaran las pupilas de los incrédulos que aún ocultaban los libros de su niñez como si fueran un tesoro.

Una vez finalizado el proceso, el espacio en las bibliotecas fue ocupado por los monumentos a los primeros *Tiktokers*, *Influencers* e *Instagramers* que habían guiado a la humanidad a través de sus consejos y tutoriales de belleza y de falsa autoestima.

El mundo, de pronto, se quedó tan vacío como las bibliotecas. Los Sabios, que nunca lo fueron, se dieron cuenta de su error: pero ya era tarde.

Pasaron muchos años, hasta que alguien encontró a los pies de los monumentos derruidos las instrucciones de una olla a presión y pensó que, tal vez, alguien las habría extraviado en el interior de algún libro. Guiado por la curiosidad, siguió al pie de la letra sus indicaciones y realizó un guiso tan suculento que, cuando escribió la receta, no pudo evitar describir los sabores, los olores, la sensación que le había producido esa combinación, como si fuera un poema; sin rima ni forma, pero con suficientes metáforas y sentimientos, como para saborearla sin necesidad de proceder a su elaboración.

Sus hijos la leyeron y quedaron tan embelesados por las palabras que transformaron cada ingrediente del guiso en un personaje infantil para que, a su vez, ayudara a los más pequeños de la casa a comer todas aquellas verduras u hortalizas que siempre habían aborrecido. Cuando esos niños crecieron, recordaron con cariño esos personajes tan carismáticos y el esfuerzo que habían realizado sus padres, e incluso uno de ellos decidió escribir un relato que acabó convirtiéndose en novela. La novela tuvo tal éxito que alguien decidió crear una leyenda sobre el origen de su inspiración: la olla a presión.

Y, de esta forma, el mundo comenzó a reescribirse y las bibliotecas volvieron a llenarse de historias.

Biblioteca Pública del Estado
en Las Palmas de Gran Canaria,
Biblioteca Pública de Nueva York,
Biblioteca del Trinity College (Dublín),
Biblioteca Universitaria John Rylands (Manchester)

Y cuando pensábamos que todo lo que conocemos eran sombras

Ana Pablos Pablos

Y cuando pensábamos que todo lo que conocemos eran sombras… apareció el sol.

Todavía recuerdo el encantamiento que sentí al elegir un libro por primera vez. Quizás, ese instante, forjó lo más sustancial de mi identidad: mi imaginación. Este ejemplar de color verde gusanito me presentó a Doble P, un marciano peculiar y fisgón que viaja a la Tierra y se mimetiza con los humanos en su búsqueda genuina para encajar y aprender de ellos; sin embargo, su característico color verde lo convierte en una criatura extraña a ojos de la gente, quienes olvidaron que todos hemos sido en algún momento parte de ese desorden y confusión absoluta, a lo que nuestros antepasados más ilustres llamaron «caos». Así como mi protagonista encontraba un nuevo estímulo en su descubrimiento de un nuevo planeta, la niña que fui halló un refugio en la lectura y más tarde en la escritura donde poder construir su propia paleta de colores para libremente pintarse a sí misma, no importaba si distaba de la realidad, ella podía ser rosa o verde como Doble P.

Durante muchos años hasta el inicio de mi adolescencia, me escondí de las sombras de las burlas y de los «no-estás-a-la-altura», seres hambrientos de resplandor por aquellos tiempos, quienes, de corazón, hoy espero que brillen por sí mismos. Siendo ya adulta, aún sigue siendo una diversión imaginar escenarios en los que la protagonista escribe la historia que anhela, pero, a diferencia de

la niñez, la madurez te exige discernir entre lo que imaginamos que deseamos o lo que desearíamos imaginar, pues esa es la gran estafa del crecer, ser consciente de que estar ausente, tal como pasé tantos momentos en mi refugio de niña, es solo una ilusión de la imaginación. Esta auténtica fascinación por los mundos psíquicos que pude desarrollar más intensamente gracias a la lectura y la escritura. Gracias a ella, aprendí que nadie me va a convencer de que la magia no existe, ya que siempre quedará un lugar reservado para mi imaginación. En este contexto, cabe preguntarse si en una distopía sin libros hubiera existido la posibilidad de un mundo utópico con niños y adultos ignorantes, pero más felices. Sin duda, yo hubiera sido la excepción.

Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (Madrid), Biblioteca Nacional de España (Madrid), Biblioteca de la Real Academia Nacional de Medicina (Madrid)

Huérfanos de libros

Isabel Soriano Albiach

Llegué a mediodía, pasadas las dos
el trece de marzo, último día de normalidad, recogí mi libro.
Lo busqué bien grande, lectura pendiente de cautividad.

Dos meses más tarde, después del encierro,
me fui a devolverlo
confiando que la biblioteca funcionara de forma usual.

Me quedé pasmada, ya nada era igual
y me causó tristeza ver tanto desastre.

La tosca cortina de hule barato colgaba del techo
prohibiendo con ello traspasar su umbral.

No podía ver los libros de dentro,
ni ojear sus hojas,
ni elegir portadas.

El maldito virus consiguió impedir
el contacto estrecho con papel impreso
separando mundos por miedo al contagio.

Por un lado, ellos, los libros guardados,
custodiados todos por el personal.
Por otro, nosotros, huérfanos de escritos,
lectores en busca de algún ejemplar.

Ver la biblioteca vacía y extraña
dolía en el alma.

Al pasar el tiempo, el temor cedió,
las cosas cambiaron,
brotando de nuevo la normalidad.

Volví a ser capaz de escoger novelas,
de elegir portadas
y oler en el aire
el bendito aroma de olor a papel.

La biblioteca aparcó su muro de plástico
logrando con ello cumplir su función de enlazar los mundos.

A partir de entonces y como corresponde,
libros y lectores,
complacidos ambos, vuelven a estar juntos,
ansiosos de verse
como dos amantes en una historia de amor.

Biblioteca Pilar Faus. Valencia. (conocida como la biblioteca de la calle Hospital)

Seres malignos

Magaceda Martínez Rodrigo

Las páginas ardiendo reconfortaban su cuerpo. Era su venganza contra los libros, seres malignos que habían echado a perder la cordura de su mejor amigo.

Lo que Sancho no esperaba era consumirse con ellos.

Mi biblioteca favorita siempre será «Quijotes y Sanchos», de Villamayor de Santiago

La biblioteca de Toñín

Alejandro Gibaja Tato

Toñín no medía lo suficiente como para asir el pomo de la puerta de la biblioteca; muy a pesar suyo todavía le restaba unos centímetros para rozarlo con la punta de los dedos pero, sin que nadie supiera exactamente cómo, cada tarde se las ingeniaba para entrar él solo en la biblioteca. Nunca hablaba con nadie, a su corta edad intuía que el mundo de los adultos era un camino oscuro al que no debía ni querría asomarse hasta que la biología le dijera lo contrario.

Todos los días, con la precisión de un reloj suizo, a las cinco en punto de la tarde, cuando el repiquetear de las campanas del instituto anunciaba el fin de las clases, Toñín, sin despedirse siquiera de la profesora ni de sus compañeros, salía disparado como un miura en dirección a la biblioteca municipal de su barrio. Corría calle arriba sin atender lo que pasaba a su alrededor, pues sabía que le esperaba una tarde de lectura. La biblioteca había recibido hacía unas pocas semanas la generosa donación de tres tomos de novela negra de un autor sueco o noruego cuyo nombre a Toñín se le hacía impronunciable. No podía pensar en otra cosa que no fuera sentarse a solas con uno de aquellos tomos envejecidos frente a la ventana de la biblioteca. El resto del día se le hacía intransitable: le costaba comer, apenas podía conciliar el sueño y prestar atención en clase se hacía tarea imposible. La lectura le tenía preso. Los nuevos tomos con las respectivas aventuras del inspector Goresnkaw le transportaban cada tarde a un mundo lejano, fuera del bosque de fábricas y humo de

aquella ciudad de ceniza. Todo era suspense y terror hasta que las luces de la biblioteca se apagaban y Toñín debía rehacer sus pasos, esta vez con pesadumbre, en dirección a la residencia de estudiantes.

Aquella tarde llegó a la misma hora de siempre con el corazón desbocado. Saludó a Eduardo, el bibliotecario, un hombre encorvado sin pelos en la lengua y menos en la cabeza que era propietario de una halitosis responsable de que la gente evitara acercarse a él. Eduardo parecía tener más años que la misma biblioteca y las malas lenguas murmuraban que nunca salía de ella, y que, cuando llegaba la noche y las luces se apagaban, su cuerpo se evaporaba como el polvo y vagaba por los pasillos hasta el alba.

Toñín ya se disponía a enfilar las escaleras en busca de los tan ansiados tomos noruegos o suecos, pero antes de que pudiera entrar Eduardo le detuvo con un grito seco.

—No entre, Toñín. No entre si no quiere llevarse una desilusión.

Toñín, alma curiosa, empujó la puerta y entró en la biblioteca. Un aire gélido le rozó las mejillas. Alzó la mirada y lo que vio le dejó sin aliento. Decenas de estanterías vacías. Baldas que hasta hace unas horas albergaban una infinidad de libros ahora aparecían completamente desnudas. Aquella imagen le congeló los músculos. Por un momento todo se suspendió en el aire, como en una pesadilla oscura, hasta que la voz de Eduardo le sacó del trance.

—Hoy al abrir la puerta me la he encontrado así, sea lo que sea esto es una maldición, Toñín.

Sin hacer el más mínimo caso y huyendo del prominente olor a ajo del aliento de Eduardo, rehízo sus pasos

hasta el instituto. En el trayecto no malgastó ni un solo segundo en hablar con los profesores o los alumnos que quedaban en el centro. Ellos tampoco. A sabiendas de que en los pasillos inferiores del instituto no quedaba nadie por las tardes bajó las escaleras, entró en todas las aulas y fue introduciendo en su mochila todos los libros que fue encontrándose por el camino. Cuando entendió que su mochila no daba para más y que su espalda sufriría las consecuencias subió de nuevo las escaleras y volvió a la biblioteca en una carrera.

A Eduardo apenas le había dado tiempo a enjuagarse los ojos cuando vio aparecer de nuevo al pequeño estudiante. Con la prisa de una liebre empezó a llenar la estantería de aquellos nuevos libros. En unos segundos decenas de tomos sobre biología, inglés o teología sustituyeron a los antiguos libros de narrativa. Cuando por fin colocó el último libro cayó exhausto al suelo, enarbolando una pequeña sonrisa de victoria.

—Dentro de una semana estará como antes.

Al día siguiente, en cuanto el sonido de la campana del instituto anunció el fin de otro día lectivo, Toñín se ocultó en el baño y esperó una hora a que todo el mundo hubiera abandonado el instituto. Sin perder ni un segundo recogió tantos libros como pudo y los arrastró hasta la biblioteca municipal. Cuando llegó a su destino la mirada de Eduardo le trajo un mal augurio.

—No entre, Toñín, esto es peor de lo que esperaba.

El niño, que acostumbraba a hacer poco caso a los adultos, empujó el pomo de la puerta y entró en la biblioteca. Ante él, la misma imagen que la tarde anterior. Los nuevos libros habían desaparecido sin dejar rastro. Toñín,

confundido, buscó una explicación en los ojos vidriosos de Eduardo, pero este solo supo decir:

—He abierto la puerta y me lo he encontrado así. Lo juro. Una maldición, Toñín.

Así fue como cada día, al terminar las clases, Toñín se dedicó en cuerpo y alma a su misión de repoblar la biblioteca municipal, primero ocultándose en el baño del instituto a la espera de que los pasillos quedasen desiertos y, segundo, recogiendo cada tomo que se le ponía delante. Nadie sospechó nunca de él. Los profesores apenas sabían que existía, no hablaba demasiado y durante aquellos días ningún alumno hizo demasiado esfuerzo por entablar conversación con él, por lo que resultó fácil pasar desapercibido. La operación resultaba insultantemente sencilla, cada tarde la mochila salía del instituto llena de libros y volvía a la mañana siguiente completamente vacía; pero por mucho que se esforzara, cuando abandonaba el instituto y corría a la biblioteca, siempre se encontraba con la misma estampa, estanterías vacías.

Determinó que no podía seguir perdiendo el tiempo en algo que no daba resultado, además era muy probable que tarde o temprano alguien acusara la ausencia de libros en el instituto y le acabasen pillando. Por lo tanto, una tarde como otra cualquiera, después de traer la mochila llena de libros y apilarlos en una de las baldas, se asomó detrás de una de las estanterías y descubrió un pequeño hueco donde ocultarse. Esperó a que las luces se apagaran y todo quedase sumido en la oscuridad. Cuatro horas después, cuando ya era noche cerrada, Eduardo pasó una última mirada por la biblioteca para comprobar que todo estuviera en orden y se fue.

Toñín esperó largas horas apretujado en su hueco, le aterrorizaba hacer ruido, por si los rumores eran ciertos y se encontraba a Eduardo vagando con un candil por los pasillos de la biblioteca en busca de almas desafortunadas para saciar su hambre, pero nada de eso ocurrió. Eran ya altas horas de la madrugada, estaba a punto de vencerle el sueño cuando un hilo de voz le sacó del trance. Al principio creyó que se trataba de su imaginación, pero al rato volvió a escucharlo. Aquel sonido desprendía calor. Salió a tientas de su escondite, auscultando la oscuridad. A unos pocos metros descubrió la silueta de una niña vestida de blanco, estaba sentada en la misma silla donde él acostumbraba a leer los tomos de autores noruegos o suecos. Dudo unos instantes antes de acercarse. Cuando llegó a su altura se giró para verle la cara, pero descubrió un rostro sin facciones, completamente blanco y que desprendía una luz cegadora. En pocos segundos aquella luz le envolvió por completo y se dejó mecer en un viaje caluroso del que sabía que no volvería.

Eran apenas las ocho de la mañana cuando Eduardo giró el cerrojo de la biblioteca. Acostumbraba a llegar siempre temprano porque no se fiaba de los trabajadores de la limpieza. Cuando abrió la puerta un olor a papel viejo le impregnó las fosas nasales. No podía creer lo que estaba viendo, todos los libros habían vuelto a su lugar. Los de poesía ocupaban las baldas más bajas, los policiacos y detectivescos yacían en el pasillo del fondo, el teatro y los ensayos dormían en el pasillo cercano a la puerta. No pudo evitar que se le saltaran las lágrimas. Determinó esperar hasta las cinco y cuarto de la tarde para ser él quien le diera la noticia a Toñín, pero este nunca apareció. Esperó

sentado durante días. Los días dieron paso a las semanas, las semanas se tornaron en meses y los meses en años, pero el joven nunca volvió. Con la muerte de Eduardo años después, debido a una fuerte neumonía, el recuerdo de Toñín desapareció de aquella biblioteca, como si nunca antes hubiera existido.

De lectores y libros

Jaime Esteban Cruzado

No quedaban libros…, ni en la biblio,
no quedaban libros ni en la biblioteca:
¡La gente prefería pulsar una tecla!
No quedaban libros…,
más que los de vidrio de una pantalla
de *tablet* u ordenador.

No quedaban libros…, más que
en los ojos vidriosos de los lectores,
curtidos a la antigua usanza,
con lápiz y papel.

No quedaban libros…,
¡y sí lectores buscando el equilibrio
entre dos estilos de leer!

Bibliotecas Antonio Mingote, Ángel González,
José Hierro

El emisario de las letras

Rosa de Dios Pérez

Alguien me ha encontrado y me ha sacado del lugar donde fui escondido. Ahora estoy entre sus manos y no sé cuál será mi destino. Soy un libro digital, diferente a los otros libros de mi especie, se me podría definir más como una biblioteca portátil. En mi interior guardo incontables obras, millones: relatos, cuentos infantiles, poesías, novelas, ensayos, tratados de medicina y de otras ciencias, transcritos en múltiples lenguas. Copias de textos de los ancestros humanos, fotografías de los antiquísimos originales escritos en soportes que utilizaron las diversas culturas como tablillas de arcilla, papiros, pergaminos, códices, incluso contengo documentación de la sabiduría popular de todos los pueblos y aldeas hasta de la más recóndita tribu del planeta. Una enorme cantidad de creaciones que los humanos generaron a lo largo de los siglos.

Soy gemelo de otros cuatro, concebidos por ilustres eruditos y sabios hombres de los cinco continentes. Personas visionarias, previsoras y grandes amantes de las letras. Nos idearon en secreto para la gran misión de conservar tan espléndido patrimonio humano y protegerlo de su desaparición. Cada uno de nosotros fuimos escondidos en países distantes para salvaguardar el saber de la humanidad en caso de que las inestimables obras originales fueran destruidas. No sé los años que han pasado desde que me metieron en la caja de acero, resguardada de los elementos y de mis enemigos.

El preludio de la destrucción lo provocaron los hombres con su obsesión de ganar espacio y tirar lo que consideraban inútil. Al inventarse el libro digital empezaron a vaciar las casas de los libros de papel. Las enciclopedias fueron las primeras víctimas, acabando en los contenedores, luego los diccionarios, siguiéndoles los cuentos infantiles y las novelas.

—¿Para qué mantenerlos en los estantes?

—Los libros de papel son un cúmulo de polvo —decían.

Al final esa idea se extendió rápidamente, así que los hogares fueron desprendiéndose de tan preciados objetos, viejos compañeros de aventuras y de fantasías, por lo que las estanterías terminaron siendo sustituidas por muebles más decorativos y prácticos. En los colegios, los ordenadores transportables invadieron las aulas, los niños dejaron de usar los libros, pero el gran desastre sobrevino a través de la realidad virtual donde se sumergían los hombres buscando la felicidad o la aventura que la rutina les negaba.

El tiempo fue avanzando y pasaron décadas mientras la tecnología progresaba a pasos agigantados. Se construyeron robots inteligentes que hacían las tareas más peligrosas, más tarde otros más perfectos llamados humanoides que realizaban trabajos inimaginables, pero estos desarrollaron sentimientos como los seres vivos y vieron a los hombres como enemigos.

Reunidos en una gran asamblea de robots, decidieron debilitar a la especie humana robándoles su identidad, su memoria histórica. Para lograrlo pensaron en los nobles edificios donde guardaban su sabiduría y los despojaron de sus valiosos bienes. Las bibliotecas de todas las ciudades

y pueblos del mundo fueron saqueadas, incluso asaltaron los búnkeres que se construyeron para proteger los inestimables incunables, papiros y pergaminos.

Todos los libros fueron quemados en gigantescas piras. Con los libros digitales hicieron lo mismo, borraron su contenido. Los hombres no debían tener ninguna referencia de sus antepasados y olvidar quienes fueron, no recordar sus creaciones, su ingenio.

Las bibliotecas y las universidades dejaron de ser los templos del saber y el conocimiento, mostrando sus recintos vacíos como cascarones sin su fruto. Abandonadas, se fueron cubriendo de vegetación que iba resquebrajando sus piedras. Las generaciones se fueron sucediendo cada vez más ignorantes, cada vez menos imaginativas. Los padres ya no relataban cuentos a sus hijos, ya no había historias que contar, ninguna materia que enseñar; los robots lo hacían todo, los hombres se limitaban a vivir sin pensar, sin reflexionar, reduciendo su número en la Tierra. Los países con sus ricas culturas ya no existían ni tampoco reyes, ni presidentes ni gobernantes. Los hombres eran mantenidos como mascotas por los dictadores de mentes artificiales. Los robots habían ganado la batalla, pero no la guerra, pues no todos los libros enterrados bajo tierra fueron descubiertos. Las claves de localización que me introdujeron, y también a mis hermanos gemelos, contienen un enigma destinado solo a mostrarse si nos coge un ser humano.

Aunque yo no soy de la nobleza del papel como mis antecesores, me siento como un mecenas de las extraordinarias obras que en mi memoria cobijo, misionero, propagador del saber que a los hombres les pertenece. El detector que me instalaron percibe el calor de las manos que me han sacado al

exterior. Sé que son humanas y la esperanza renace a sentirme entre ellas. Quizás sea el inicio de una nueva era.

Antiguo Hospital Pilar Faus
Germana de Foix
Dr. J. J. Dómine
Isabel de Villena
Joanot Martorell Marxalenes
Palau Exposición

El bibliotecario

María del Carmen Fernández Pérez

El viento soplaba con fuerza y cambiaba constantemente de dirección provocando que la lluvia viniese de todos lados. Papeles, trapos y hojas muertas se arremolinaban dando un aspecto sucio a una calle casi vacía de transeúntes. A duras penas, una persona marchaba con dificultad, envuelta en lo que parecían varias capas de ropa vieja, luchando contra el viento en su intento de avanzar. Las escasas farolas ya se habían encendido y la noche de noviembre se presentaba fría y desabrida.

El caminante, un hombre de cierta edad, se detuvo frente a un edificio a todas luces abandonado. Allí plantado, miraba hacia la puerta atrancada con dos tablones, como decidiendo si subía o no los escalones que lo separaban de la misma. Al final lo hizo, subió. En la puerta, un viejo y roto cartel informaba que allí había habido una biblioteca.

El hombre sacó una llave del bolsillo, la introdujo en la cerradura, la puerta cedió y consiguió colarse maniobrando entre los tablones. Caminó por el pasillo hasta llegar a una gran sala, ahora vacía y que en sus buenos tiempos había estado llena de libros. Aspiró intensamente el aire mientras dos lagrimones corrían por sus mejillas.

—¡He vuelto!

Biblioteca Municipal de Lugo de Llanera (Asturias),
la Biblioteca Jovellanos de Gijón,
la Biblioteca del Museo de BB. AA. de Asturias y
la Biblioteca Bances Candamo de Avilés

Lo que en fin nos ata

Nelson Roque Pereira

«Me habéis dado la sed más profunda
para mi vida futura».
Gibran Kahlil

Que la luz habite los granos de la mesa,
arda en la piel el resto de la semana,
y en la frente de la calle el horno
adobe el pan que comeremos mañana.
Asirse a una grieta en la búsqueda
de la simplicidad en el renglón versal,
los granizos del suelo de tanto espejo.
Saber que falta un libro por leer
para quien gasta la vida en un título
allí en la esquina entre Mann y Kayyan.

Se nos permita el oficio de escardar
con un aldabonazo el clima de los folios
aun sedientos por habitar el abrigo
bajo un cierre de paraguas,
tentar el rodillo de la harina crujiente
en el terrón, el guijarro y las piedras
de la penúltima palinodia.
Mas quedan la ceiba y el pozo,
la cerca de jiquíes como páginas
que se hinchan al burlar un día más
en los jarros donde se añeje el vino

del ofrecimiento de la cosecha,
sedientos somos lo que en fin nos ata.

Biblioteca provincial Roberto Rivas Fraga de la ciudad de Ciego de Ávila, Biblioteca municipal Olga Alonso del municipio Ciro Redondo

Vacía

Bubezna

Este año, al igual que todos los anteriores en Navidades, quiero regocijarme en mi biblioteca favorita y entregarme a la pasión de leer.

Me reservé toda la tarde para pasar un tiempo con todas esas historias que nunca tendré o simplemente reviviendo aquellas que experimenté.

Me gusta, entre otras cosas, leer la sinopsis y sentir el sonido de las hojas secas cuando paso página. Si varias páginas se juntan me detengo, humedezco mis dedos, y con mucho cuidado las separo antes de poder seguir. Leer una frase es entrar en un mundo nuevo de placer que me protege de este.

Es sábado, víspera de Navidad, y mi biblioteca favorita, como cada año en esta época, está vacía.

Apenas he dado dos pasos más allá de la puerta y una corriente de viento helado la cierra. Instintivamente me estremezco y me doy la vuelta.

No sé bien qué llegó primero, si el frío adormecedor o la avalancha de letras que penetró ávidamente en mi cuerpo dejando dolor a su paso. Intenté gritar, pero se amontonaron en mi boca, silenciándome.

Frase tras frase, en un cúmulo de letras, contorsionaron mis huesos sin piedad y un carrusel de risas y espantos aterrorizaron mi existir.

Mis ojos, con letras estampadas y sangrando, miraron atónitos cómo libro tras libro desaparecía y para cuando la sangre llegó a mis labios todo era oscuro.

Tambaleándome por los pasillos, ensangrentada, agarré los libros que pude y los abracé fuertemente, pero se desvanecían entre mis manos dejando simplemente un hueco de lo que fue una historia por vivir. Intenté inclusive arrancarme las letras ya incrustadas en mi interior para ponerlas en algún orden lógico, pero ya era tarde.

Mi biblioteca se desvanecía y, junto a ella, mi interior.

Mis bibliotecas favoritas son todas aquellas que tengan libros... pero suelo ir mucho al Centro de Arte en Alcobendas porque me pilla cerca

El extraño señor Applepie

Rafael L. Álvarez Loranca

Subí tras él la escalinata que conducía hasta su casa, se detuvo en el amplio rellano, sacó la llave y abrió la puerta. Él pasó primero, no hizo ni el menor gesto de cederme el paso. No es que yo lo esperara. John Applepie era el personaje de moda en Londres, un triunfador, y los triunfadores, generalmente, no lo consiguen diciendo: «Pase usted primero». Suelen ser fieros depredadores, tiburones dispuestos a devorar a todo aquel que se interponga en su camino.

Le seguí a través del largo pasillo de su imponente casa hasta llegar a un enorme salón. Me sentía envidiado, estaba seguro de que gran parte de los personajes importantes de la sociedad londinense darían lo que fuera por estar ahora en mi lugar.

Era un salón circular en el que, salvando las ventanas, todas sus paredes estaban ocupadas por una enorme librería con cientos de estantes repletos de libros. Las ornamentales columnas de roble inglés donde apoyaban los estantes llegaban hasta el techo, que no estaría a menos de 5 metros del suelo. Para poder acceder a las zonas más altas de la librería había una escalera con ruedas que apoyaba en un carril situado muy próximo a la escayola del techo.

Como amante de los libros que soy, me quedé embelesado a la vista de aquel tesoro. Unos lomos de libros espectaculares competían en belleza con los más próximos. Los lomos estaban bellamente decorados, con

dibujos repujados en oro y mostrando una imaginación fantástica en el diseño. Era muy difícil elegir cuál era el más bello de todos.

Los títulos de los libros mostraban que la colección era de una calidad extraordinaria, *El Quijote* competía con *Las uvas de la ira* y *El señor de los anillos* con *La Odisea*. ¡Menudo tesoro!

—Tiene usted una biblioteca maravillosa. ¿Me permite hojear algún ejemplar? Los libros son mi perdición.

Su rostro se iluminó con una sonrisa, a mi parecer algo sarcástica, pero no le di mayor importancia ya que su respuesta fue favorable.

—Adelante, hojee los que quiera.

A mi mano le costaba decidirse, al final se dirigió hacia un ejemplar de *Crimen y castigo* que debía estar llamándola a gritos.

Lo extraje de entre sus compañeros. La cubierta era, si cabe, más bella que el lomo; un recuadro de arquillos, enredaderas y florones enmarcaban el título estampado, en lo que a mi parecer era oro, con unas letras de carácter gótico impresionantes.

Con manos temblorosas abrí el libro. La primera página estaba, lógicamente, en blanco. Mi inseguro dedo se movió para pasar a la segunda hoja. Estaba ansioso por contemplar las maravillas que, seguro, me iban a mostrar sus hojas impresas. Con mucho cuidado pasé la hoja y me quedé sorprendido. La segunda hoja también estaba en blanco. Con ansia, busqué la tercera…, estaba igual. Desenfrenado hojeé, ya con cierta brusquedad, el libro. ¡Todo él estaba en blanco!

Con un rostro que mostraba a las claras mi extrañeza, me volví hacia el dueño de todo aquello.

—¡Qué broma es esta!, ¡el libro está en blanco!

Una carcajada estruendosa acogió mi expresión de asombro.

—¡Todos ustedes son iguales!, ¡siempre reaccionan de la misma manera!

Aquellas palabras me dejaron más atónito todavía, si es que esto era posible.

—¿Todos? ¿Quiénes son todos?

—La gente que se autodenomina culta, que no para de hablar de este o aquel libro, de preguntarle a uno si lo ha leído para mirarte con aire de pena cuando les dices que no. Esos son todos, ¡gente como usted!

Seguía sin entender nada, qué sentido tenían esos libros vacíos de contenido…, ¿por qué?

No necesité preguntar, la explicación vino sola, rezumando todo el odio acumulado.

—Mi apellido real es Morowkski, lo de Applepie se me ocurrió mirando, con envidia, el escaparate de una pastelería de la que no podía comprar nada. Mi familia vino a Inglaterra buscando un lugar donde poder trabajar y comer. Yo tenía ocho años de edad, carecía de estudios y no sabía una sola palabra del idioma. Durante mi primer día en Londres vi a un señor que bajaba de un coche lujosísimo, del cual sacaron cinco carísimas maletas, para entrar en el hotel más maravilloso que había visto en mi vida, entre las reverencias de todos los presentes.

»En aquel mismo momento me juré a mí mismo que llegaría a ser más importante que ese señor al que había contemplado. Desde entonces trabajé todas las horas del

día que podía, apenas si dejaba tiempo al descanso y mucho menos al ocio. No tenía tiempo para estudiar, aprendí a leer y a escribir por mi cuenta, pero poco más. Según fui creciendo y subiendo en esa escalera de valoración que usan los hombres de negocios, me fui encontrando con gente como usted, gente que en cualquier momento citan párrafos de un libro, como un papagayo, solo para demostrar que poseen un nivel cultural superior, que te preguntan si has leído este o aquel libro famoso, para lanzarte miradas de suficiencia cuando contestas que no, que ni siquiera sabías de su existencia, a la vez que piensan de ti «pobre hombre».

»A lo largo de estos años me he encontrado con muchos que me trataron así. Por eso, cuando alcancé lo más alto de la pirámide y me convertí en lo que hoy soy, encargué al arquitecto más famoso del momento esta biblioteca, y le ordené que la llenara de libros con encuadernaciones dignas de un rey, pero sin nada en su interior , tan solo hojas en blanco.

»No sabe la satisfacción que me produce ver a gente como usted abrir con ansia los libros y descubrir que no hay nada escrito en ellos. Esto me compensa por los muchos malos ratos que me han hecho pasar ustedes con los dichosos libros. Unos libros que solo son imaginaciones más o menos buenas, pero que no son nada útiles. Solo se aprende de la realidad, de la experiencia de la vida…, y eso solo si estás dispuesto a tomarte la molestia de hacerlo.

No le contesté, no merecía la pena. Dejé el libro en el lugar de donde lo había sacado y salí de allí, dejando atrás esa biblioteca, en apariencia maravillosa, a la que el odio y

el rencor de un exitoso hombre de negocios había dejado vacía de contenido.

Pensé en mi amigo, Isaac Friedman, mi librero de toda la vida, quien tuvo que cerrar su librería por escasez de ventas. ¡Cómo habría disfrutado rellenando esas estanterías con libros auténticos llenos de esas maravillosas historias imaginarias!

Ni me despedí. Con Isaac en mente, concluí que no valía la pena.

La Biblioteca Nacional
y la Biblioteca León Tolstói de Las Rozas

El tacto de la piel

Isabel Prieto

No quiero bibliotecas sin libros
ni ventanas opacas.
Prefiero las hojas que liberan
historias de leyenda,
recetas de buffet.

No quiero pantallas pixeladas
ni jardines de piedra.
Prefiero caminar por senderos,
el olor de la lluvia,
el barro entre mis pies.

No quiero una fría pantalla
que acabe con los libros,
con las salas de cine
o el tacto de la piel.

Yo quiero
mi libro preferido
con las tapas de piel,
mis recuerdos de niña
en formato papel.

Mi biblioteca preferida es la de casa de mis padres, en ella aprendí a saborear el placer de la lectura y a ella acudo una y otra vez a rescatar algún libro no leído

A través del filo

Marta Guerrero Marín

Sigilosa, como un gato negro en la oscuridad cerrada de la noche, esa que solo se da cuando la luna decide no salir y las nubes enturbian la claridad de las estrellas, entró en la pequeña biblioteca cerrando la puerta tras de sí. Siempre le había maravillado ese lugar, quizá porque los libros siempre habían tenido un hueco especial en su corazón. Desde que de bien pequeña aprendió a leer, las letras volando por las páginas en blanco habían sido su vía de escape ante los problemas de la vida, que no fueron nunca pocos. Cuando leía se sentía poseída, fuera de su ser, en un viaje astral. Salía de su cuerpo para vivir nuevas aventuras, muy lejos de la infelicidad y la desdicha de su hogar. Había sido pirata y surcado los siete mares. Había sido caballero y luchado junto al valiente Cid. En ocasiones había sido un mendigo y en otras, un burgués. Y también había sido la musa de muchos y la doncella de tantos famosos cantares.

Al pasar las páginas de los libros de aquella biblioteca tenía la sensación de que todo iría bien. Aunque en verdad solo fueran falsas ilusiones, necesitaba creer que las cosas podían ir a mejor o al menos acabar. La muerte no siempre es la escapatoria más amarga.

Casi a tientas por la poca luz que había en la sala comenzó a acariciar con las yemas de los dedos los lomos de los tomos, disfrutando de su tacto rugoso. Le encantaba esa sensación. En cada libro había un tesoro por

descubrir y un personaje al que amar. Pero aquella noche se sentía especialmente intranquila. Su sueño se había visto truncado y ahora tenía que ir en su búsqueda, así que decidió apostar por algo que conocía a la perfección de todas las veces que lo había leído. En una habitación de estanterías en las que rebosaban lo desconocido, ella solo necesitaba las acogedoras palabras de Cervantes, porque la incertidumbre genera esa pizca de miedo que en momentos difíciles encoge el corazón y empequeñece un poco el alma, y ahora mismo su alma necesitaba el calor de sentirse a salvo, arropada por la prosa, junto a la lumbre de su chimenea.

Se acercó a la estantería que estaba just0 al lado de la ventana. La brisa de los primeros días de noviembre movía ligeramente las cortinas *beige* que a la luz anaranjada de la lamparita de la mesilla de café se configuraban fantasmagóricas. El frío comenzaba a notarse. Apretujó su delgado y diminuto cuerpo dentro de la bata de felpa y cerró la estancia a cal y canto. Con suma delicadeza cogió de la balda superior su novela favorita, la que tantas horas de desvelo había compartido con ella. El ejemplar estaba destartalado, a punto de partirse por la mitad de lo manoseado que lo tenía, con las páginas a nada de convertirse en polvo. La historia trataba sobre un gran caballero, hidalgo de los de antes, que viajaba acompañado de su fiel escudero, vagando por el mundo y yendo de hazaña en hazaña. Todos tomaban por loco al buen señor, sin embargo, lo que ninguna de esas personas entendía es que a él simple y llanamente le gustaba soñar. Ella se sentía igual de incomprendida que el hidalgo, y además igual de sola.

Se acomodó en su butaca y abrió el libro por la primera página. Apenas había comenzado a leer cuando escuchó fuertes pasos por el pasillo. El estruendo de los zapatos de su esposo cayendo pesados en la madera del suelo hizo que se estremeciera asustada, pues se había casado con un demonio que era más bestia que hombre, un ser sádico y violento. Se aferró al libro, aguantando la respiración. Dos segundos más tarde, la puerta se abrió de un porrazo, rebotando contra el borde de una de las estanterías por el impulso.

—¿Qué crees que estás haciendo ahí? —le gritó su esposo, enloquecido, intentando asestarle con el puño en la cara. Sin apenas tiempo para reaccionar se cubrió el rostro con los brazos y cerró fuerte los ojos.

A su alrededor las estanterías, los muebles y los libros comenzaron a derretirse como si toda la estancia estuviera hecha de cera de vela. Ni lo que tenía entre las manos era un ejemplar de *Don Quijote*, ni aquello era una biblioteca. Bueno, mejor dicho, no era su biblioteca. Nada tenían que ver sus estanterías con las que ahora tenía delante, vacías y sin libros. Una mueca de horror se dibujó en su rostro al contemplar la atrocidad que suponía ver las baldas desnudas. La desgarradora imagen le provocó tal aversión que le entraron náuseas. Tenía mucha imaginación, pero nunca se le hubiera ocurrido semejante locura. De pronto una sonora carcajada emanó de lo más profundo de su garganta ante la paradoja de la existencia de una biblioteca sin libros. Se sentía desconcertada. De la nada había pasado de estar sentada en su butaca a estar sentada en una silla en mitad de una habitación totalmente blanca, de suelos y paredes blancos.

En el pasado, la sala en la que se encontraba sí que había sido el hogar de muchos libros, la mayoría grandes clásicos de la literatura, pero de la biblioteca que fue solo quedaban las paredes. Con el paso del tiempo el edificio se había expropiado, restaurado y convertido en un sanatorio mental, en donde le obligaron a ingresar hacía muchos años atrás. A causa de las obras la espléndida biblioteca había pasado a convertirse en la sala recreativa del módulo de mujeres. Entonces su mente comenzó a divagar en torno a la idea de si tanto leer había afectado a su capacidad para diferenciar la realidad de la mentira. No llegaba a saber con exactitud cuál era cuál.

Una especie de ronquido le sacó de sus divagaciones y por fin fue consciente del cuchillo bañado en sangre que sostenía entre sus manos, que estaban tan manchadas que parecía que llevaba puestos un par de guantes rojos. El color escarlata que encharcaba la moqueta, tan impoluta y blanca, era alarmante y tenía un tono macabro. A sus pies se desangraba uno de los celadores del centro. El chico agonizaba con un sollozo ahogado y de su cuello brotaba una cascada rojiza, casi negra.

Por arte de magia o brujería los libros comenzaron a poblar de nuevo las estanterías. Salían de todas partes para colocarse en su sitio, guiados por un director de orquesta invisible. La chimenea que estaba a su lado fue reconstruyéndose ladrillo a ladrillo, y los leños repiqueteaban en el cálido fuego como si nada de todo aquello hubiera pasado. Sonreía. No podía creer el espectáculo que estaba sucediendo ante sus ojos. Había regresado a su butaca, a su casa, a sus libros. Las cortinas volvían a ser las mismas, y la lamparita y la mesilla. La enfermiza imagen

que acababa de presenciar había desaparecido por completo y en sus manos sentía palpitante las andanzas del hidalgo manchego.

Se apartó unos cuantos mechones de pelo rubio de la cara dejando en su fina piel de porcelana un rastro carmesí, y retomó la lectura por donde la había dejado.

Mis bibliotecas favoritas, aparte de la mía personal que cada vez es más grande, principalmente son dos. En primer lugar, me encanta la biblioteca de mi pueblo, porque ha sido mi gran referente desde que era niña. Todavía recuerdo ir a por un libro e irme cargada de una montaña entera de ellos más alto que yo, en tiempos donde aún lo digital no había destronado a lo analógico. La segunda biblioteca a la que le tengo devoción es la de Toledo, que se encuentra en el propio edificio del Alcázar. Es increíble el edificio y las vistas desde la biblioteca. Preciosa

La ciudad sin biblioteca

Francesco Profilo

En la ciudad de Paquito no había biblioteca. El ayuntamiento no tenía fondos para seguir pagando los gastos y tomó la triste decisión de cerrarla. Ahora es complicado entender cómo una ciudad de casi cien mil habitantes, cien mil cabezas que necesitan beber de la sabiduría de los libros, pueda no tener suficiente dinero para sustentar una biblioteca. O sea, es una biblioteca. Tampoco hay muchos gastos. Bueno, ya no es tan complicado de entender si situamos la ciudad en un entorno de corrupción, criminalidad organizada y mala política. Allí donde los que gobiernan cobran un sobresueldo y hay más coches de lujo que bicicletas, ya no hay dinero para que la gente común y corriente tenga cultura. Paquito era un lector sediento y, cuando se quedó sin la biblioteca, al no poder permitirse comprar todos los libros que consumía habitualmente, con el tiempo tuvo que dejar de leer. La ciudad nunca volvió a tener biblioteca y el porcentaje de gente sabia disminuyó vertiginosamente. Por otro lado, siguieron proliferando los corruptos, los ignorantes y los coches caros.

Biblioteca La Fraternitat (Barcelona),
Biblioteca Fort Pienc (Barcelona),
Biblioteca La Bòbila (L'Hospitalet de Llobregat)

Las no palabras

Washington Daniel Gorosito Pérez

Máquinas y pájaros
comparten las alturas.

Alas metálicas
contra plumas multicolores.

Los pájaros ya casi
no tienen cielo.

Sus ojos gotas de miel
observan polimorfos objetos.

La palabra en vuelo,
el viento la empuja
y los versos laten
con la calidez del verbo.

Un poema rompeviento
es festejado por los aleteos rítmicos.

En la biblioteca de los pájaros
solo hay poesía
que rescataron de la quema
de Fahrenheit 451
y la brisa acarrea
las no palabras.

Biblioteca Palafoxiana (Puebla, México), Biblioteca Benito Juarez (Irapuato, México), Biblioteca Nacional (Montevideo, Uruguay), Biblioteca del Palacio Legislativo (Montevideo, Uruguay)

Ausencia

Jorge Eloy Martínez Lozano

Me planté frente a la última biblioteca, esperando, quizás, que esta no estuviera igual que las demás. Carente de libros. Vacía. La cara del encargado lo decía todo a través del cristal. Tan ausente como el tesoro que no había sido capaz de proteger.

Acaricié el pomo de la puerta, deseando que fuera mentira. Un engaño de la realidad. Pero al abrirla reviví una escena idéntica a la del resto de librerías, casas y bibliotecas que había visitado. Una bocanada de aire inodoro me recibió. Era el hedor moribundo de la cultura; dos hileras de estanterías se extendían por los pasillos, todas ellas desprovistas incluso de polvo.

Arrastré las mismas preguntas que rondaban en mi cabeza desde la mañana:

¿Dónde estaban? ¿Por qué se llevaron hasta la fragancia que contenían? ¿Quiénes buscaban obliterar el conocimiento? Y, sobre todo, ¿cómo lo habían hecho?

Ahora era un espacio que te consumía en su inmensidad. Eras tú en una sala blanca, impoluta. Eran tus temores contra ti, sin ningún tipo de cobijo, más que los estantes desiertos.

Fue una bomba insomne para destruir a la humanidad, pues, al despertar, ya no existían las bibliotecas; parecían condenadas al recuerdo, casi, como *olvidotecas*.

Biblioteca favorita: Rafael Rubio

Un hombrecito

Mikaela Huet-Vray Nieto

Un hombrecito camina sin rumbo por los oscuros vericuetos de aquel lugar abandonado. Pasa su dedito entre las montañas de polvo que se irguieron en cada estante. Cuando respira puede ver el vaho caliente que se disuelve rápidamente entre las pesadas persianas de ese frío que todo lo invade.

El hombrecito va caminando despacio, tomándose su tiempo, por el desolado laberinto. Observa con melancolía la madera arcada de algunos de los estantes de la biblioteca, espacio marcado por lo que antes hubo, lugar que no es ya sino reflejo. El hombrecito siente temblar sus ojos y sus lágrimas coloradas sumergen sus mejillas. «Dónde están. Yo sé que acá los puse».

Mi hombrecito se escapa desesperado de ese rincón muerto… Qué frío hace en el vacío de mi mente.

La BnE, la BnF, la Biblioteca Marcel-Bataillon
y la Biblioteca de la Sorbona

Vacía

Emilia Bermejo González

Vacía...
Abro la puerta y nada,
el polvo cubre las estanterías
sin libros ni cuadernos,
¡están todas vacías!
Entro...
Imagino los versos entre líneas
de hojas sin grafías,
mas no siento su aroma
ni me impregna el calor que transmitían.
¿Quién se llevó la historia
y robó toda magia,
vaciando el perfume del papel
y la tinta?
¿Dónde llevó su esencia?
Rompiendo los cimientos
de tantos pensamientos,
del recuerdo y saber
que siempre permanece,
que quieren que los vean y los lean,
¿dónde escondió tan fiero cargamento?
Empezaré a buscarlos;
aunque tenga que ir a las estrellas,
o al país de los sueños
a encontrarlos.
Y volveré a dejarlos aquí,
como otras veces,
para poder tocarlos, leerlos

y mirarlos.
Envolverme en su olor
de junco y tinta,
mezclar sus sentimientos
con los míos,
taparme con las letras
y ya, no sentir frío.

La Biblioteca Nacional

A estadio vacío

Eduardo Reinoso González

Una biblioteca sin libros es jugar a estadio vacío, es un partido castigado sin público, programado un miércoles a mediodía donde el equipo está a mitad de tabla sin pelear copas internacionales, ni ascenso, ni descenso, ni liguilla. Es un partido donde los equipos se presentan a jugar con lo justo, ese que tiene un gol mal anulado, un *offside* dudoso, lleno de faltas a la mitad que cortan la jugada vertical. Y es que un estadio y una biblioteca son templos de pasión, de historias; sin los cánticos empujando el resultado y sin las narrativas rompiendo la barrera del tiempo la vida no tiene sentido. Una biblioteca, dámela siempre.

Biblioteca M. Concepción

Ánima del pasado

Lucía del Valle González

Cuando subí unas horas antes a por el ejemplar me percaté del olor a gasolina, pero no le di demasiada importancia al haber hablado el día anterior con la señora Addams.

—Es de la gasolinera de la calle —dijo la bibliotecaria—. He hablado con ellos y está todo solucionado.

Las luces de los coches de policía se entremezclaban con el halo anaranjado de la ambulancia, y el ruido era tan ensordecedor que por poco acabó con lo que restaba del edificio municipal. Alrededor de la escena la señora Addams lloraba, empañando las gafas con lágrimas del dolor.

El reloj del ayuntamiento dio la una de la madrugada, momento que muchos tomaron como adecuado para abandonar el lugar; nadie más que yo, el único superviviente de tapa azul cobalto que sostenía entre mis brazos y la bibliotecaria, que tantas tardes había pasado conmigo, nos quedamos con las autoridades, sentadas en el otro extremo de la plaza.

—Quién ha podido hacer algo así —sollozó la mujer.

Y como si hubiese escuchado aquellas palabras una figura de polvo apareció encima de una viga que yacía destrozada, en pleno foco de las llamas, observándonos con interés desde el piso superior.

Cogí el libro y corrí al interior, subiendo las escaleras mientras me cubría la cabeza con las manos y rezaba por salir con vida. Sentado en el alféizar de la ventana la figura

me observó con cautela, antes de señalar el libro que continuaba abrazando con fuerza.

Lo dejé en el suelo, empujándolo en su dirección.

En la portada resaltaba una foto del incendio que arrasó Edimburgo en 1544.

—¿Has quemado tú todos los libros?

El espectro cogió el libro, se envolvió alrededor de él y desapareció en mil volutas neblinosas que danzaron delante de mí.

No pude moverme hasta que el brazo de un bombero tiró de mí al exterior, salvándome por segunda vez aquella noche.

—¿Y bien? ¿Has visto algo? —preguntó la señora Addams.

Negué con la cabeza.

El castigo fue más allá de lo inimaginable, atravesando puertas que hasta entonces parecían haber tenido umbrales de acero forjado.

El otoño se había llevado más hojas de las que debería, arrastrando escritos por el aire como aviones de papel que jamás volverían a mis manos.

El fuego ardió y las cenizas acompañaron el revoloteo de los libros que habían llenado mi alma y acompañado mi soledad, en días laborales y fines de semana, en días de luto y nostalgia.

La biblioteca que se construyó en el interior de la Abadía de Newbattle, monumento descatalogado después de quedar casi destruido por el bando enemigo en 1544, terminó cayendo al ras del suelo, sin quedar apenas un estante en pie.

Y la historia que una vez ocurrió en Edimburgo se repitió delante de mí, como si estuviese vislumbrando el incendio original del que la figura de polvo había emergido cientos de años después.

Aún hoy sigo buscando información sobre aquel remoto suceso, convencida de encontrar en sus páginas el rostro velado de quien me quitó mi libro, cuyos bramorosos ojos deseosos de venganza era incapaz de olvidar.

«Edimburgo ardió el 7 de mayo de 1544», cuatrocientos setenta y dos años antes de que mis amadas historias sucumbieran bajo el fuego.

Biblioteca Pública Municipal de El Escorial,
Biblioteca Pedro Antonio de Alarcón y Biblioteca del
Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

De un árbol moribundo

Antonio José Moreno Villa

Una vida dedicada a resumir y adecentar historias.
Remitidas a tinta página a página.
De toda índole, prosa y verso..., correrías.
Textos salidos con suma hidalguía, sin rima.

Con la picaresca de otra época.
Con suma tropelía.
Soltando palabras, también con melancolía.
Añorando lo que me toca.

Y pensar que, de un árbol moribundo.
Con la mezcla necesaria.
Pasta áspera y revolucionaria.
Sirves de culto y a la vez pregonero.

Para los borrones, mano firme.
Que los sentimientos.
Los lamentos.
En estrofas simples y puras.
Claras y no como noches oscuras.
Reflejen las penas y alegrías.
Historias tristes, osadías.
Discurrir y abrir la palabra.
Que no sea solo tinta, que sea el habla.
Lo que inunde esta simple pasta.

Son los libros espejos olvidados.
Allí donde un día contamos historias.

Para que el tiempo pasado tenga en sus memorias.
Trazos y detalles, luces y sombras.
Fragmentos de otras épocas.
Presente soñado, ¡olvidado!, nunca.
Para eso está la letra, búscala.
Entre polvo y olvido, carcomidos.
Con sus renglones torcidos.
Que el libro nunca se pierda.

Biblioteca Antonio Machado, Tomas y Valiente y
Fernando de los Ríos

Y comenzaron por los libros…

Diego Hernán García

Sí…, exacto, eso sonaba a tontería. No lo podíamos creer, se burlaban en nuestra cara… Hasta que les dijimos: «¡pues vengan ustedes mismos y lo comprueban!». Bibliotecas sin libros fue el primer golpe, de ahí a encontrar seres humanos (trashumanos) sin sentimientos, sin reflejos emocionales… Parecía una broma del peor gusto, pero es así.

Todo comenzó cuando los templos sagrados del conocimiento, las bibliotecas, quedaron desoladas por una pandemia que no se sabe de dónde llegó, pero sí se sabe cómo terminó. Entonces pensábamos que todo volvería a ser igual y resultó que no… Que los espacios que creíamos ungidos para el oficio de leer, se transformaron en territorios para trabajar.

«¿Para trabajar? Para eso están las empresas», dijeron los primeros; «las bibliotecas son para la lectura…», dijeron otros; «¡la biblioteca es sagrada!», gritaron las madres de los chicos al ver cerrado el espacio donde construyeron sus vidas y ahora veían violentado… Ahora no importaba encontrar un libro, ahora era más sagrada una conexión para el *laptop*, una señal de wifi, una silla confortable para teletrabajar... Ese, ese fue el término vulgar con el cual acribillaron los libros.

Pero cuando todo estaba cerrado, cuando todo estaba clausurado, cuando nadie estaba humanamente presente…, se podía escuchar el lamento de los libros, que clamaban por espacio…, se podía escuchar el quejido de los estantes por estar divorciados de su pareja-libro.

Primero fueron las bibliotecas, luego fue la humanidad. Ese fue el comienzo de la caída… Ojalá ese día nunca hubiera llegado.

La Biblioteca Central de Barcelona, la Biblioteca Central de Madrid y la Biblioteca Central de New York

No había libros en mi sueño

Javier Cuartero Sanahuja

Anoche durante un sueño, mi ansia de encontrar otra historia, de inspirarme en la historia de otro, me llevó a delirar, a sudar, a retorcerme. Sentí un verdadero *delirium tremens* recorrer mi cuerpo. Tan pronto tiritaba y entre escalofríos me consumía farfullando «che, che, che, Chejov», como me ponía en pie clamando al cielo el nombre de Baudelaire, con lágrimas estallándome de los ojos.

Recuerdo caer dormido en el diván de mi biblioteca. Empezar a escuchar lo que parecía una cotorra acercándose. De pronto, vi cómo los libros, uno tras otro, salían de su lugar en las estanterías, se abrían y salían sus personajes cobrando vida. Yo maravillado ante tal espectáculo decidí pasearme entre ellos, no faltaba ninguno, ahí estaba Ester Pryne con su ignominiosa *A bordada en el pecho*, el conde de Montecristo, don Quijote y Sancho, Robinson Crusoe y Viernes… todos.

El recuerdo de aquel sueño todavía me eriza la piel. Me puse a escribir frente aquello que se me presentaba, fue glorioso, ya no tenía excusa, era como ser capaz de pintar los trazos del retrato de Dorian Gray sobre una página en blanco con letras. Las palabras parecían bailar en armonía, creando castillos y paisajes. Los cuentos y relatos se apilaban a mi alrededor. Las palabras eran bellas y yo era feliz.

En aquel instante todo era eterno. Hasta el momento en el que necesité un poco más, un poco más de lo que tenía. Pasados varios días de producir sin parar las capillas

sixtinas de mi creación, comencé a sentirme inseguro, debía ir más allá. Ya no estaba satisfecho. Fue entonces cuando decidí interactuar con los personajes, quise ponerme en el traje y la piel de todos los hombres que nunca seré, como diría el maestro Sabina. Hablar, actuar como ellos, dejar de ser un observador para vivir en las historias. Entonces la cotorra de Crusoe, Poll, se acercó al diván, desde donde había observado todo ese tiempo, decidí tocarla tímidamente, y tratar de hacerla hablar, ¡lo conseguí!

Después me abalancé contra los personajes, el primero que encontré fue Chinaski, estaba borracho en una esquina con una cerveza en la mano, siempre había querido beber con Chinaski, así que le pedí una, él me ignoró, decidí cogerla igualmente, hablamos. Se dio la vuelta y se marchó.

Tambaleándose vi cómo empezaba a buscar entre los libros, le vi recoger primero *Mujeres*, más tarde el *Factótum*, y luego, cuando cogió el último, el *Cartero*, desapareció…, de repente, Henry Chinaski había desaparecido, y con sus libros. Me di la vuelta y de pronto sucedió el horror, los personajes estaban desapareciendo uno tras otro con su libro bajo el brazo.

Cuando se vació la biblioteca un escalofrío me recorrió la espalda, me sentí vacío, la página en blanco ahora me perseguía, sobre mis manos frías ya no estaban las de las musas ayudándome a escribir, me recorría una gran inquietud, me sentí en el noveno círculo del infierno de Dante, las palabras se me helaban en el corazón.

Al despertar de mi sueño con un fuerte dolor de cabeza como si hubiese estado bebiendo con Chinaski, encontré

un manuscrito mío junto al diván, me pregunté: ¿cuándo lo habría escrito?, ¿cómo habría llegado hasta ahí? No entendí nada, así que tras leerlo decidí ponerle un título: No había libros en mi sueño.

Can Pedrals y Roca Umbert en Granollers

El alegato fue perfecto

Javier Casado

El alegato
fue perfecto.
El abogado defensor
logró que al criminal
lo declararan no culpable.

La cultura
de la imprenta daba
sus últimos estertores.
Alguien certificó
su fallecimiento.

No puedo
estar más triste
y más en desacuerdo.
Mi casa es una biblioteca
en permanente construcción.

Necesito
que los libros,
sus pensamientos
y sus creadores
tengan futuro.

Escribo para
alimentar ese tiempo,
como desobediencia civil.

Ya leí un mundo sin libros
y no nos fue nada bien.

Biblioteca José Hierro,
Biblioteca José Luis Sampedro

La caída del yugo

Adrián Reyes Barranco

Bajo la bota del tirano, el pueblo, aplastado y humillado, se remueve en sus adentros, esperando la oportunidad perfecta para amputarle la pierna al gigante de barro. La ira de un pueblo oprimido y avergonzado de su propia naturaleza dócil durante siglos espera la ocasión idónea para imponerse como el verdadero titán de acero. Siglos y siglos sufriendo torturas, humillaciones, aplastamientos inmisericordes, por parte de un tirano sin escrúpulos y de un ejército inmoral que lo apoya y refrenda, han causado una brecha entre las dos partes —arriba y abajo— de un mundo cruelmente estratificado que difícilmente podemos sanar. El cañón del fusil apuntando hacia una muchedumbre enloquecida por las injusticias cometidas por generales que dan órdenes y sargentos que las ejecutan han creado en el pueblo, antes ingenuo, antes inocente, un espíritu de revolución, unas ansias de barrer hasta los cimientos más elementales un sistema opresivo y enfermizo.

El tirano, rodeado de lujos y excentricidades, indiferente e ignorante de lo que ocurre fuera de su trono, fuera del palacio real, derrocha las inmensas riquezas robadas a sus súbditos, bien mediante subterfugios, aprovechándose de un pueblo iletrado, bien mediante punta de pistola, siendo consciente de que las letras de viejos espíritus revolucionarios tocan el alma de los aplastados. El Jefe de Estado, el Presidente, el Monarca, el Califa o el abiertamente Déspota, como deseéis llamarle al mismo

monstruo con distinta máscara, soluciona los problemas ahogándolos en sangre, haciendo uso y abusando del ajusticiamiento, del fusilamiento, del ahorcamiento; un sinfín de métodos de tortura y asesinato fueron creados e inventados por un aparato cada vez más burocratizado y represivo, más sádico incluso, mucho más violento, dirigido por individuos que en nuestros sueños los confundimos con seres aberrantes y sin rostro.

El pueblo, cansado de que sus hijos sean cruelmente aplastados, de que sean arrebatados de los brazos de sus madres, de que sean ajusticiados sin justicia, levanta su zarpa mucho tiempo dormida e intenta librarse de los males que la historia sin ningún tipo de aviso previo le ha impuesto. En un intento por ir contracorriente, en un intento por librarse del espíritu muerto de su naturaleza, cada uno de los individuos de aquel imperio, de aquella nación, de aquel califato, de aquella aldea, alza el puño y clama al cielo justicia divina para todo aquel inhumado en fosas clandestinas, para todo aquel encerrado de por vida en prisiones infestas, para todo aquel asesinado por hacer uso de su libertad innata.

El tirano, observando la inmensa ola que se avecina, recrudece la vigilancia, la violencia. Sus espaldas son cubiertas, más que nunca, por hombres, o quizá bestias, armados hasta los dientes y preparados contra cualquier imprevisto que surja de entre la muchedumbre. Todo aquel opositor, todo aquel disidente, todo aquel con valor de pensar y opinar libremente era tachado en ocasiones como traidor, enemigo de clase, hereje o infiel, dependiendo de los instrumentos utilizados para manipular a un pueblo cada vez más consciente de sí mismo.

Carestía de alimentos, pobreza, miseria, mala distribución de riquezas, explotación, violencia, represión. Todo ello forma un caldo de cultivo para que la personificación del terror de cualquier déspota, de cualquiera que abusara del desfavorecido, se alzase por encima de toda una élite de individuos corruptos e inmorales. Una vez que la ola de sangre y fuego se aprecia en el horizonte del transcurrir de la historia, como un tsunami, ya es tarde. Lo barre todo inmisericordemente, dejando tras de sí el reguero de la sangre de aquellos que en su día se opusieron a una violencia nacida del resentimiento y de la venganza. Cuando un pueblo se alza en armas contra un ejército que sirve al opresor, lucha hasta su misma muerte porque no tiene nada que perder. Y eso el tirano lo sabe. Y se siente terriblemente asustado.

La quema de libros, el intento de censura del pensamiento, la manipulación mediante la propaganda y los medios de comunicación. Todo ello es incapaz de frenar la rebeldía y las ansias de libertad que recorren las calles. Hoces, cruces encendidas, rostros afectados por la ira y la venganza, gritos salvajes reclamando las cabezas de sus verdugos, derribo de estatuas, asalto a prisiones. Todo llega a su debido tiempo. La revolución, el derribo del tirano, la libertad tocando a las puertas de aquellos que un día sufrieron el aplastamiento de su dignidad, los tambores anunciando la entrada de la Parca en las

Cortes. Era cuestión de tiempo que las masas de obreros, de campesinos, de soldados rasos, de infieles, de herejes, de toda clase de desfavorecidos por las dictaduras de todo el mundo, por el totalitarismo —subyugador y opresor del género humano—, por los gobernantes codiciosos

y corruptos que creen ciegamente que el fin justifica los medios, se levantaran clamando justicia por toda la sangre derramada inocentemente, por todos los desahuciados, por todos los desheredados; en fin, por todos aquellos desgraciados, sin suerte, que no les tocó formar parte de la minoría inmensamente enriquecida de la población.

La revolución incluso es confundida con la naturaleza misma de las cosas. Hace un intento por volver a su antigua libertad, a la erradicación de sus cadenas, a respirar un aire libre del olor putrefacto de la sangre de aquellos que no acataron las normas. El tirano ve su silla tambalearse, porque los de abajo sienten sus espaldas quebradas. La sangre desplaza por las calles del mundo las esperanzas y resistencias de los que luchan y mueren.

Los esfuerzos de la tiranía por preservar el infierno sobre la tierra fueron en vano. Los libros, aunque quemados, tuvieron el valor de transmitir las ideas antes de desaparecer en la pira. La censura, aunque férrea, no supo contener la inherencia del pensamiento libre. La esclavitud, aunque considerada eterna e inmutable, no fue capaz de resistir las embestidas de los encadenados. El control fue consciente de su poca eficacia. No era posible controlarlo todo. La creencia en un dominio inamovible ejercido por burócratas y militares se desploma cuando el pueblo cuestiona. Y el cuestionamiento de un pueblo en un estado de sopor largo tiempo mantenido produjo la chispa que encendió la mecha de una revolución que alertó al burócrata, al militar, al policía y al tirano. Frente a un sistema que creía estático, que creía eterno, se topa con el huracán del cambio que inevitablemente trae el curso natural de la Historia.

El tirano, denominado de muchas maneras, es consciente de una vez por todas de que su situación es irreversible. Es consciente de que es la última pieza de dominó dentro de un juego cuyos protagonistas son los olvidados. Mientras se alza la voz clamando justicia y libertad, mientras se retoman aquellos ideales de *Liberté, Égalité, Fraternité ou la mort* largo tiempo relacionados con un lejano sueño, mientras se saldan las deudas con los banqueros, mientras las cabezas de burócratas golpean los escalones de las entradas de sus lujosas casas, mientras la revolución, en definitiva, barre hasta los cimientos un sistema mantenido por la absorción de vida de la mayoría, el tirano, arrepentido, despojado de todas sus riquezas, perdido el estatus de intermediador de Dios en la Tierra, es atacado inmisericordemente por un sentimiento de insignificancia y vulnerabilidad mucho tiempo oculto.

Biblioteca Francisco Villaespesa,
Biblioteca Nicolás Salmerón, de la Universidad de Almería

Parque arqueológico humano

Julio Sánchez Trabalón

Nota informativa

Tema: A las 11:00 h de hoy un grupo de jóvenes robots visitó lo que fue la Biblioteca Central de la antigua universidad.

Asunto: Imposibilidad de explicar a robots recién echados a rodar cuyo referente es el *e-book*, lo que era en aquel tiempo un libro (¿podríamos disponer de algún ejemplar?, no hace falta que sea original) y, por tanto, por qué ese espacio quedaba constituido de modo tan particular.

Propuesta: Que a los componentes del mencionado grupo les sea implementada la aplicación adecuada para eliminar dicha laguna en su información.

En la Cosmópolis T_387531w, a 22-VL-2541

Htr1Ax (serie 10144M)*

* Arqueólogo pedagogo

Mi biblioteca

Eco de palabra

Jesús Durán Durán y Libertad García Villada

«Siempre imaginé que el Paraíso sería algún tipo de biblioteca».
Jorge Luis Borges

Bibliotecas abandonadas,
como bocas abiertas,
desdentadas y oscuras;
marchitos espacios vacíos,
deshabitadas estanterías:
sin literatura, sin letras, sin papel,
sin autores, sin prosa,
sin poesía.

Cementerios llenos de polvo,
sin un solo libro:
ultrajados, quemados, extinguidos,
¿qué pretextos fueron aquellos?
Nadie lo recuerda,
nadie lo entiende.
Nadie.
Prisioneros de indecisiones pasadas,
errores que se acumularon,
mentiras —y aún más *mentiras*—
de tiempos olvidados,
de injusticias.

Deambulamos sin historia,
sin lecturas en las que
encontrarnos
emocionarnos
enamorarnos,
entregarnos.

Vivimos los días
sin reminiscencia del pasado,
o del presente.

¿Qué más da?

¿Si *no puedo* leer
lo que mi alma
reclama?
¿Si *no tengo* párrafos
que me den calor,
ni versos
que me arropen con su
manto, de madrugada?

Siento la necesidad
de recomponer recuerdos,
de apagar mis ansias,
de adentrarme en otros mundos,
de alimentar la razón,
con un libro de ayer
entre mis manos.
Quizás
sentiré su viveza,
el eco de las palabras,
y por fin obtendrá sosiego
mi desesperado corazón.

Biblioteca Eugenio Trías, Casa de Fieras El Retiro, Madrid; La Sagrera, Marina Clotet, Barcelona; Guinardó, Mercè Rodoreda, Barcelona; Iván de Vargas, Madrid

Caja de sueños

Jorge San José Tárrega

—¿En qué piensas?

—En nada.

—Imposible.

—¿Por?

—Tienes una media de 50 000 a 75 000 pensamientos en 24 h, ¿y me dices «nada»?

—No, en serio, tengo la mente en blanco.

—Interesante, Aristóteles concibe al ser humano como una *tabula rasa* (en blanco) la cual los años que vamos ganando experiencia, conocimiento, etc. van llenando.

—¿Conocimiento?

—Claro.

—¿Cómo qué? ¿Historias que te cuentan las personas?

—Ese podría ser un género en el cual las personas que en la antigüedad no sabían leer y no tenían acceso a la alfabetización podían y tenían que escuchar historias narradas o contadas por otras personas para adquirir conocimiento. Hay diferentes géneros como: lírica, poesía, odas, historias trovadorescas, incluso pictóricas, entre otras.

—Entiendo, pero… esas historias de las que me cuentas existe el riesgo de que, en función de cada persona que narre la historia, haga hincapié en un aspecto determinado, y las cuente según le convenga; asimismo, podría adulterarlas en función del aforo, convicciones, intereses. En definitiva, no ser fiel a la historia, y eso podría ser macabro.

—Totalmente cierto, y del mismo modo eso también quedaría acotado por las personas que escuchan la historia contada: una historia contada no va a ser fiel al 100 % de la información emitida y, posiblemente, algún parámetro o fragmento de la historia sea alterada en el mejor de los casos de orden. Por eso, nos salvan los libros.

—¿Li… bros? ¿Cómo cuando salgo de trabajar? ¿Que «libro» ese día?

—Interesante juego de palabras, aunque incorrecta argumentación. El libro, entendido como ese compendio de páginas las cuales mediante la combinación de letras perfectamente estructuradas forjan palabras a través de una sintaxis, coherencia, cohesión, estructura argumentativa y propósito, las cuales son capaces de ser leídas por cualquier persona que entienda ese mismo lenguaje simbólico y que este a su vez junto a la imaginación de la mente son capaces de poder transportarte hacia un mundo existente o inexistente para los sentidos, pero eso sí dejar entrada y nutrir de sobremanera la fantasía. Y claro, visto de este ángulo, tu argumento es correcto, el libro genera libertad.

—¡Qué extraño! Pero, claro, un material así de valioso quedará guardado y custodiado bajo llave puesto que las personas que sean capaces de leer esos documentos y con ello poder transportarse a mundos fantásticos puede provocar una explosión de los tres términos comentados anteriormente: conocimiento, libertad y fantasía.

—¡¡No, no!! No está bajo llave, bueno algunos documentos sí, aquellos que son de singular relevancia, como únicos o que son de naturaleza privada. No obstante, la mayoría de ellos se guardan ejemplares en lo que se

denomina biblioteca, o como a mí me gusta llamarla: la caja de los sueños.

—Entonces, esa imaginación de la que hablas en esa caja de sueños… debe ser un lugar donde «se carga»; por tanto, esa imaginación de la que hablas se cargará en la caja de los sueños, ¿no?

—¡Menudo símil más ingenioso! Literalmente no, aunque metafóricamente sí. Literalmente no porque físicamente la imaginación no te indica que se encuentra en un 2 % de batería y tiene que ser cargada en la caja de los sueños; no obstante, metafóricamente sí, puesto que gracias a la caja de los sueños, que en su interior dispone de libros (entre otros materiales), provoca que la imaginación avance hasta niveles insospechados. Pero ten en cuenta que cuando encuentras un libro que cuenta una historia apasionante, tiene la capacidad de volverse adictivo…

—¡Ves! ¡Lo sabía! ¡Genera adicción como las drogas, el móvil, la televisión! ¡Por tanto es malo!

—¡¡A ver, a ver!! Adicción, pero en términos diferentes a los que la sociedad comúnmente entiende. Es una adicción tan, tan tierna que puedes estar hasta las 5:00 a. m. leyendo bajo las sábanas con una linterna entre las manos deseando saber lo que pasa en la página siguiente. ¡Puedes perder el sueño, pero de la emoción! Y la emoción que te transmite se convierte en adicción para el alma puesto que la va nutriendo.

—¡Guau! Definitivamente quiero conocer esa caja de los sueños de la que tan bien hablas.

—¡Ojalá pudiera! Tan solo soy tu sueño, que relata experiencias del pasado y conversa contigo sobre lo que era una biblioteca. Lo triste de este sueño es que, por la

frívola decisión del ser humano, tu sociedad decidió prescindir de las cajas de los sueños en pro del vacío.

Biblioteca del antiguo hospital,
Biblioteca de Humanidades (Universidad de Valencia)

Rojo carmín

Miranda Casas Matas

Los libros estaban meticulosamente ordenados como si nunca nadie los hubiera sacado de aquella biblioteca. Uno, en concreto, llamó mi atención. En la portada aparecía una niña de cabello rubio, un gato con singular sonrisa y lo que parecía un gran sombrero. Me dispuse a colocarlo en su sitio, pero me detuvo el grito ahogado de un conejo blanco que me miraba estupefacto y que de repente echó a correr.

—¡¡¡¿Quién ha tocado mi libro?!!! ¡¡¡Que le corten la cabeza!!! —oí chillar escandalosamente a una mujer con unos labios tan rojos como la sangre que se derramó segundos después.

Biblioteca Pública de Valencia y la Biblioteca de la Real Academia Nacional de Medicina de Madrid

El silencio de las hojas

Andrés Martínez Gil

Dónde hallaré de tus sábanas el calor.
Los sueños que me brindaron.
Sueños de nostalgia y de amor.
Sentimientos que nunca pasaron.
Sueños de vida y de muerte,
de aventuras y tormentos,
de desgracias y de suerte.
Los más intensos momentos.
Entre vosotras hallo la experiencia,
el conocimiento más profundo,
la Técnica, el Arte, la Ciencia.
La Historia de nuestro mundo.
En mi mente os tornáis ave.
Alas blancas que se agitan y que vuelan
mecidas por las corrientes del aire,
como hojas de los árboles, que lloran.
Hojas secas que resbalan por el suelo.
Hojas que su historia nos revelan.
Sin saber por qué murieron, sin consuelo.
Ignorantes del destino que les espera.
Echaré a faltar vuestro tacto y vuestro aroma.
No me quitéis los sueños, las sábanas, las alas.
No desnudéis mi alma. No la dejéis tan sola.
No permitáis que llegue el silencio de las hojas.

Can Baste, Roquetes y Ateneo de Barcelona

Biblioteca vacía

Ángel Piña Martín

De mi juventud quedó un recuerdo imborrable, sensitivo, lo noto cerrando los ojos para concentrarme en él. Frecuentaba la biblioteca, no muy grande, pero con sabor, olor e incluso tacto. Puede decirse que se apreciaban los cinco sentidos, en aquel espectáculo de formas rectangulares de diferentes anchos y colores, lomos desgastados, algo desprendidos en su borde alto, de tantas veces sacados.

Dijeron ayer que la biblioteca está cerrada, fueron desapareciendo sus libros.

«¡Será por enfermedad del papel!», pensé. No puede ser que nadie la use, por electrónicos que sean los libros siempre quedará la satisfacción de pasar hojas y el olor de imprenta indescriptible.

Entro, huele mal, hace frío y no se oye nada, me acerco a las estanterías y paso la mano buscando recuerdos; es cierto, solo hay polvo, no hay libros, pero aun siendo ciego veo sus fantasmas, están en sus lugares de siempre, antes los podía ver y leer, ahora mi infortunio no me lo permite, en su lugar la técnica avanzada me lo resuelve con mejor voz y entonación, pero voy pasando páginas en mi recuerdo; poemas, relatos, novelas, historia y ficción, amores y batallas que seguirán para siempre en mi recuerdo.

Biblioteca El Carmen (Barcelona) y
las municipales de las localidades donde he vivido
de la Comunidad Valenciana

La ciudad de los Brut-tos

Edwin Alexander Ucles Moncada

Era un día lluvioso, estaba dentro de la biblioteca, sentado en una de las muchas mesas de dicho establecimiento. Además del ruido provocado por las gotas de agua que caían al suelo, dentro de la biblioteca no paraban de sonar las pantallas con sus «¡Tilín! ¡Tilín!» o sus «¡Toki! ¡Toki!». Absolutamente todos estaban absortos en sus pantallas, sus ojos brillaban debido al reflejo de las mismas… Y las risas no paraban, ya que descubrían cosas sumamente novedosas al mover sus pulgares hacia arriba. Las parejas se sentaban para tener citas románticas a través de sus pantallas, no había necesidad de verse a los ojos. Se fotografiaban entre ellos y realizaban videos: de bailes, comedia, etc. Y todo para enviarlos a la gran pantalla. La biblioteca era el lugar ideal para compartir la perfección de sus vidas.

Se estarán preguntando: ¿por qué tanto ruido y desorden dentro de una biblioteca, si se supone que es un santuario donde reina el silencio para que las personas puedan disfrutar de un buen libro? Pero ¡nooo!, en la gran ciudad de los Brut-tos no era así. Nuestro fundador, Don Minino, proclamó que los libros debían desaparecer de las bibliotecas, ya que exhaustivos estudios comprobaron que los libros estaban estropeando nuestras mentes y daban una terrible enfermedad llamada síndrome del razonamiento, así que Don Minino declaró a las bibliotecas libres de libros y las proclamó como santuarios de conocimiento para la Diosa de la sapiencia. Todos sin vacilar aceptaron dicha proclamación con mucha algarabía.

Ese día, después de que pasó la lluvia, guardé mi pantalla en mi morral y salí de la biblioteca. Al pasar por la puerta, mis oídos se sentían como si tuvieran una manta encima, apenas escuchaba lo que pasaba a mi alrededor.

Era algo normal después de salir de la biblioteca, te acostumbras a esto después de tantos años de visitarlas. Me dirigía hacia mi apartamento, en el camino nunca faltaba alguien que anduviese con su pantalla, buscando qué reportar a sus *zomwers* (en esta ciudad así se les llama a los seguidores). Quizás algún pleito, fingir alguna escena que parezca tan convincente para ganar algunos «me llega» o sangrientos accidentes para los amarillistas. Esta ciudad está totalmente dominada por la Diosa de la sapiencia. Mientras cruzaba el puente que atravesaba sobre un pequeño río, escucho un sonido entre los arbustos: «¡Claaaack! ¡Claaaack!», como si alguien golpeara una piedra de río con otra. Al principio no presté atención.

—¡Aaaah! ¡No puede ser! ¡Así no, así no! —esos fuertes gritos me sorprendieron.

Saqué mi pantalla del morral, dispuesto para filmar al tipo que gritaba como un loco. Tal vez así mi número de *zomwers* cambiara para obtener mi lámina dorada, aunque lo dudaba porque apenas tenía como quince y, con esa cantidad, lo único que lograba eran risas. Me acerqué con mucho sigilo para poder conservar la naturalidad de momento, ya que un video así vale oro para los *zomwers*.

—¡Al fin! ¡Al fin! ¡Lo logré! ¡Es un portal! —Una fuerte luz entre blanco y azul alumbraba la maleza.

Empecé a filmar el momento, ya que mis ojos no creían lo que estaban viendo. Con mucho cuidado me escondí detrás de una piedra. Observé a un tipo con la apariencia

de un vagabundo, sus ropas estaban desgastadas, su barba larga y desalineada; sus cabellos parados como si fuera producto de la estática y lo más raro era que llevaba dos mochilas: una estaba abierta y contenía muchas piedras de ríos y la otra estaba cerrada. Estaba entre sorprendido y aterrado, ya que aquellas luces eran producto de un portal el cual estaba abierto ante aquel vagabundo.

—¡Es maravilloso! ¡Perfecto! ¡Su-sublime! —decía aquel vagabundo. Las lágrimas caían de sus ojos, estaba maravillado.

Traté de acercarme con cuidado. Y, sin percatarme de que había una piedra frente a mis pies, tropecé, haciendo mucho ruido. El vagabundo me observó caer y se asustó. Con la rapidez de una gacela tomó la mochila llena de piedras y corrió como lo que realmente era, un loco. El portal se cerró inmediatamente. Mientras me sobaba mi rodilla, ya que me la había lastimado, observé una mochila en el suelo. Me levanté de inmediato para tomarla y empecé a correr en la misma dirección que el vagabundo para entregarle su mochila. Pero corrí en vano, el vagabundo había desaparecido como una lagartija, entre las rocas.

Estaba dentro de mi apartamento, acostado en mi cama, mientras observaba el video que capté en el río. La mochila estaba sobre un sillón. Aún no la había abierto, pero sospechaba que llevaba piedras en ella, ya que pesaba. De repente la curiosidad me atacó y sentí el deseo de ver el contenido de aquella mochila. Me levanté de mi cama con ímpetu y abrí la mochila. ¡Sorpresa! Encontré una gran cantidad de libros de pasta gruesa y hojas amarillentas, maltratadas por el tiempo.

«Nunca en mi vida había visto un libro. Según cuenta la Diosa de la sapiencia, Don Minino los eliminó porque dan el síndrome del razonamiento», empecé a vacilar en mi cabeza. «¡Por nada del mundo se te ocurra tocarestos libros…! ¿Pero si los saco sin la necesidad de tocarlos?». Sacudí la mochila para que su contenido cayera, varios libros quedaron en el piso. Pero hubo un libro que llamo mi atención, llamado *El banquete*, escrito por un tal Platón. «¿Banquete y Platón…? A lo mejor es un libro de cocina». Mi boca empezó a llenarse de saliva al darme cuenta de que aprendería nuevas recetas. «Creo que un libro de cocina no me contagiará el síndrome del razonamiento». Abrí el libro y empecé a leerlo, pero me llevé un gran chasco. «¡No es de cocina!», pero sus primeras palabras me atraparon y, mientras más leía, no quería despegarme de aquel libro. Hubo un párrafo que provocó una gran explosión en mi cabeza:

«Mas, por otra parte, los ignorantes tampoco filosofan, no desean llegar a ser sabios, pues la verdadera desgracia de la ignorancia consiste en que, pese a carecer de belleza, de bondad y de conocimiento, cree estar, por el contrario, suficientemente provista de todo. Y, claro, cuando no se cree carecer de una cosa, no se la desea».

Me sentía incompleto y carente de «¿Filosofía?». «¿Qué es eso de filosofía? ¿Será que aquel vagabundo tendrá la respuesta?». Me dormí con el libro en mano, con infinidad de preguntas e ínfimas respuestas.

Estaba en la biblioteca, observando el video que había tomado el día de ayer. Para mi sorpresa nada de lo que había visto estaba captado en mi cámara, no habían luces ni portales, pero sí un vagabundo sorprendido que se escabulló

entre los árboles… Pensé por un momento que a lo mejor estaba demente y, para comprobar que no lo estaba, revisé mi morral a ver si llevaba conmigo el libro del *Banquete* y en efecto lo llevaba conmigo. Con mucha timidez y un temor que hacía temblar mis manos, saqué el libro. Nadie se percató de mi movimiento, todos estaban hipnotizados con los fuertes brillos de sus pantallas y sus oídos sobrestimulados con sus ensordecedores ruidos. Empecé a leer el libro, estaba incómodo y no podía concentrarme, pero con un esfuerzo sobrehumano logré compenetrarme con las páginas de aquel libro, leía con tal fluidez que no me percataba de nada de lo que estaba a mi alrededor.

De repente un curioso me observó detenidamente y sacó su pantalla para filmarme, luego compartió el video con las demás pantallas y lo tituló «Efectos del síndrome del razonamiento». Todos empezaron a reírse al unísono, como si estuvieran en una orquesta de risas. Levanté mi cabeza y observé que todas las miradas están clavadas en mi ser, sus rostros no reflejaban carencia alguna. Pero hubo un tipo que me corrió de la biblioteca.

—¡No te das cuenta, gran ignorante —el tipo gritaba como todo un desquiciado—, de que las bibliotecas no son para leer libros! Estudia bien la raíz de la palabra griega, tal como la Diosa de la sapiencia lo enseñó: «biblion» de pantallas y «theke» de adorar.

Todos pasaron de las risas a la indignación y me corrieron de aquel lugar que hacían llamar biblioteca.

Después de tanto tiempo de vivir en esta ciudad, me sentía sumamente decepcionado de lo sucedido. De regreso a mi casa, sentí la necesidad de regresar a aquel lugar donde me encontré con aquel vagabundo y para mi

sorpresa lo encontré en el mismo donde lo filmé, sentado como si supiera que yo llegaría a ese lugar. Me observó detenidamente con una pequeña sonrisita.

—Señor, olvidó sus libros en este lugar —fue lo primero que se me ocurrió decirle, ya que no dejaba de verme.

—Yo no olvido, chico —me respondió con mucha confianza—. Esos libros son tuyos, léelos y aprécialos… Y recuerda esto: «en mentes colonizadas el conocimiento y la razón no gobierna».

Biblioteca Navarro

La ignorancia del fuego

Héctor García Pérez

Mezquinos hombres se propusieron
vanos intentos de exterminio,
sus cortas miras no entendieron
que la guerra al sol que establecieron
no hizo a sus discípulos el daño más nimio.

Bibliotecas os dispusisteis arrasar,
de libros realizasteis su borrado,
a la razón os atrevisteis desafiar,
pero escrito que la verdad oso contar
en las almas ya quedó grabado.

Cenizas de tinta cubrieron los cielos,
el fuego con fuerza se extendió,
pero los textos que vivieron en sueños
de las llamas nunca serán siervos,
pues el corazón del escritor en fuego se forjó.

La vuestra es ahora ya una de mis favoritas, junto con la biblioteca pública de Linares y Caótica de Sevilla

Bibliotecas olvidadas

Caterina García Muley

La escarcha de diciembre hiela las carreteras.

Recuerdo estudiar en la biblioteca, viendo las gotas de lluvia caer por el ventanal. Un olor a hogar, a libros desfasados y a café de máquina.

El silencio imperfecto.

Sin embargo, ahora solo queda mirar las estanterías vacías que el tiempo ha desvalijado. Allí, los libros ya no nos llenaban y se los llevaron, mas nadie lo hizo notar. Es el tiempo el que quiere perdernos en su laberinto, atrapándonos en la red de los hombres grises trajeados: no podemos negar aquello que ignoramos, ¿no es así?

Ahora, me planteo la existencia de unos niños que no supieron leer libros, que no olfatearon el pasar de las páginas porque la devastación los atrapó antes de que naciesen.

Unos niños que nunca pudieron criticar porque no supieron encontrar en su biblioteca un libro que les enseñase a ello. El villano tiempo destruyó lo único capaz de hacernos libres, de ayudarnos a encontrar la felicidad.

Ya solo quedan los hombres grises trajeados.

Cuando empezó el mes de diciembre, no quedaban palabras, porque nos las habíamos comido para crecer grandes y grises.

Biblioteca María Zambrano, biblioteca del Reina Sofía y biblioteca municipal de Eugenio Trías en Madrid, Casa de Cultura Ignacio Aldecoa en Vitoria Gasteiz

La biblioteca de mi abuelo

Marta Rodríguez Sacristán

Recuerdo perfectamente aquella tarde de verano. Fui a visitar a mis abuelos y, como de costumbre, el primer sitio al que me dirigí fue la sala que mi abuelo llamaba biblioteca. Siempre me encantó aquella sala. Me era imposible visitarlos sin entrar allí. Esa habitación, más bien pequeña, tenía las paredes totalmente cubiertas de estanterías antiguas de madera oscura. Sin embargo, a pesar de llamarlo biblioteca, en aquellos estantes no había ni un solo libro. Sus baldas estaban abarrotadas de objetos de todas las formas, tamaños y colores. Cada objeto tenía su historia, pero en aquel momento yo no conocía ni una décima parte de ellas.

Había un objeto que siempre llamó mi atención. Sabía que era algo especial, pues estaba situado en el centro de una balda, resaltando con su color amarillo sobre el fondo oscuro de la estantería. Mi abuelo se había negado a contarme la historia que escondía en tres ocasiones, pero había decidido pedírselo por cuarta vez.

En cuanto mi abuelo entró en la biblioteca, señalé el lazo amarillo que tanto llamaba mi atención.

—Cuéntame su historia, por favor, ya he esperado mucho —le supliqué.

Mi abuelo sonrió y me ofreció un vaso de zumo. Pensé que otra vez iba a quedarme sin conocer esa historia, pero, justo cuando iba a preguntarle si me contaba otra cosa, se sentó en el sillón y me invitó a hacer lo mismo. Aquel sillón encajaba perfectamente en la sala, estaba situado bajo la ventana, en el único espacio en el que no había

estanterías. Cuando se sentaba ahí significaba que su historia iba a comenzar.

—Lo primero que debes saber es que he esperado a que me pidieras su historia cuatro veces porque fueron las veces que necesité ver a tu abuela antes de decidirme a hablar con ella. —Bebió despacio de su vaso y comenzó su historia.

»La primera vez que la vi estaba sentada bajo un árbol. Primero me fijé en el libro que sostenía entre sus manos. Después vi su pelo castaño y su cara de concentración. No quise mirar mucho a una extraña y seguí mi camino. La segunda vez, ella iba caminando por un sendero cerca de la finca en la que yo trabajaba por aquel entonces. Estaba lejos, pero reconocí el libro que llevaba en las manos. La tercera vez la vi hablando con el chico que vendía los periódicos y, como siempre que la veía, algo dentro de mí se removía. Sentía que debía acercarme y hablar con ella, pero no quería molestarla. Había una especie de calma que la rodeaba y no me sentía digno de perturbar esa tranquilidad. Ese día llegué a la conclusión de que nunca tendría el valor necesario para poder hablar con ella.

—Pero sí que lo hiciste, ¿verdad? —pregunté, totalmente inmerso en la historia.

—Claro que sí. Si no lo hubiera hecho, hoy no sería tu abuela.

—¿Y cómo lo hiciste?

Mi abuelo sonrió, complacido por mi interés en su relato, y continuó:

—Aquel día llovía a cántaros. La lluvia había comenzado de repente y me había pillado volviendo a casa desde el campo. Iba tan concentrado en no pisar los charcos que

no me di cuenta de me había pasado mi calle hasta que vi cómo un libro caía al suelo y quedaba sumergido en uno de los charcos que debía evitar. Reconocí aquel libro y, sin dudarlo, me metí en el charco y lo recogí. Intenté quitarle el barró sin mucho éxito y, en ese momento, tu abuela salió de la casa que había al lado, con los ojos llorosos y un precioso vestido amarillo. No supe qué decirle, solo me acerqué a ella y le entregué el libro. Pensé en irme rápidamente, pero empezó a hablar con su voz dulce y llena de tristeza. Resulta que su prima había tirado el libro por la ventana solo por molestar. Ese libro era de su hermano mayor y se lo estaba leyendo cuando murió. Nunca llegó a contarle el final y ella cargaba con el libro a todos lados, esperando que alguien lo leyese por ella, pues no sabía leer y, por desgracia, yo tampoco.

Llegados a ese momento, ya estaba totalmente cautivado por la historia y sabía que, fuese cual fuese el final, sería mi historia preferida.

—¿Conseguisteis saber el final de la historia?

—Sí, por supuesto. Verla tan triste me rompía el corazón, así que prometí que, la próxima vez que nos viéramos, le contaría el final de aquel libro. Y eso hice. Me pasé dos semanas enteras buscando a alguien que supiera cómo acababa aquella historia. Pero lo conseguí y esa misma tarde fui a buscarla a su casa. Ella estaba tan contenta de por fin saber cómo acababa el libro de su hermano que me regaló el lazo amarillo que llevaba en el pelo el día que llovía.

—¡Es ese lazo! —grité sin poder contener la emoción mientras señalaba el lazo amarillo de la estantería.

—Así es. Ese lazo guarda la historia de cómo nos conocimos tu abuela y yo, pero no solo eso. Porque ese día fue

el día que decidí crear esta biblioteca. Aquí no hay libros, porque nosotros no sabemos leer, pero hay un montón de historias. Todas ellas las hemos ido creando tu abuela y yo. Se las contábamos a tu padre cuando era pequeño, también a tu madre cuando se casaron y ahora te las contamos a ti. Algún día tú se las contarás a tus hijos y, para cuando llegue ese momento, habrá muchas más historias que contar.

Aquel día descubrí la importancia de las historias y de transmitirlas. Quizás la biblioteca de mi abuelo no era una biblioteca normal, pues no había ni un solo libro en ella. Pero también descubrí que los libros no son lo verdaderamente importante de las bibliotecas. Lo único que importa es las historias que puedas descubrir en ellas y lo mucho que te hagan viajar a lugares y épocas que jamás veríamos de ninguna otra forma.

La que más frecuento es la biblioteca del Tomás y Valiente, en Fuenlabrada. Es la biblioteca de mi barrio. Pero mi biblioteca favorita siempre será la del colegio Loranca de Fuenlabrada, porque allí fue donde comencé a leer y donde descubrí todo lo que un libro puede hacerme sentir. También guardo muy buenos recuerdos de la biblioteca de mi instituto, Victoria Kent, porque allí pasé la mayoría de mis recreos, charlando sobre libros o literatura con mis amigos y algún profesor

Biblioteca sin libros

Javier de la Rica San Gil

Si después de tantos siglos
dando cultura y saber
alguien pudiera creer,
sin llegar a enloquecer,
que existe alguna sin libros,

biblioteca no sería,
que sería un almacén,
un bazar de todo a cien,
que no aporta mal ni bien,
o vulgar estantería.

Sería un cuerpo sin vida,
un paraje asolador.
Sería un mero impostor,
carente de todo amor,
y no un lugar de acogida.

Biblioteca es otra cosa.
Es un lugar placentero,
agradable pero austero,
silencioso y novelero,
que de cultura rebosa.

Allí se respira calma,
y en medio de tal ambiente,
uno se ve diferente,
y hasta llega, bruscamente,
a encontrarse con su alma.

¿Qué se puede decir más
del templo de la cultura,
del saber y la finura,
ajeno a la vida oscura,
de que te aleja además?

Que mejor que mil hubiera.
Y que el pueblo las llenara.
Y la incultura acabara,
haciéndola cosa rara.
Y que yo un día lo viera.

La mía

451 (otra vez)

José Blasco Alagarda

La señora que gritaba al bibliotecario fue la primera voz de alarma.

—¿Cómo es posible? —atiné a oír.

El bibliotecario perplejo miró la portada del libro, le dio la vuelta, se fijó en la contraportada y en el lomo, volvió a mirarlo como un entomólogo observa un insecto ignoto.

—¿*Cien meses de soledad*? Es imposible —dijo con la voz quebrada.

Me picó la curiosidad, me aproximé y, efectivamente, en la portada del libro se leía claramente *Cien meses de soledad*. «Menuda broma», pensé. Seguí a lo mío.

Los libros estaban ordenados alfabéticamente por el apellido del autor. Me dirigí al anaquel de la «C» con la intención de coger *2001, una odisea del espacio* de Arthur C. Clark; la película de Kubrick la había visto varias veces pero nunca había leído el libro. Al ver en la portada *1955, una odisea del espacio* pensé que estaba siendo objeto de una estúpida broma.

Pasé de la «C» a la «O», *1984* de George Orwell aparecía ahora como *1948*, si bien en este caso el cambio estaba más acorde con la primera idea del autor, no dejaba de ser disfuncional.

Parece que alguien se había tomado la molestia de cambiar todos los libros que tuvieran un numeral en el título.

Cogí los dos volúmenes y me dirigí al bibliotecario, en mis años mozos hubiera montado un escándalo pero la

edad me había vuelto más comprensivo y tolerante. ¿O más amilanado? El pobre bibliotecario estaba compungido, lágrimas de impotencia corrían por su cara, los usuarios pasamos del enfado a intentar consolarle. Salió la directora de la biblioteca y nos pidió que nos fuéramos.

«Cerrado por inventario hasta mañana» se podía leer en el cartel de la puerta al día siguiente.

No ponía hasta qué fecha duraría el cierre parece que hasta en ese detalle se evitaban los números.

No abrieron hasta un par de días después. El bibliotecario estaba de baja por ansiedad, nos lo dijo la joven que ocupaba su lugar.

Impaciente fui de estantería en estantería, de sección en sección. *2001* no estaba, ni *1984*, ni *Cien años de soledad*, ni *La vuelta al mundo en 80 días*, ni *Historia de dos ciudades*, ni *Los tres mosqueteros*, ni *Veinte años después*, ni *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Todos los libros que contuviera un numeral en el título había desaparecido.

Me dirigí a la nueva bibliotecaria y le pregunté qué había pasado con esos libros. Su respuesta era previsible, funcionarial, correcta de esas que te vas con el mismo problema que traes:

—No sé. Hoy es mi primer día. Si quiere hablar con la directora no tardará en venir.

No quise iniciar una nueva conversación que, en cierta manera, iba a ser la misma, esta vez me dirigí a buscar Javier Marías; desde que murió estaba releyendo cronológicamente su obra, acababa de volver a leer *Corazón tan blanco* y ahora tocaba *Mañana en la batalla piensa en mí*.

No estaba. En su lugar aparecía *Hoy en la batalla piensa en mí*.

La angustia, el desasosiego que sentí todavía no puedo describirlo. Aún tuve el valor de detenerme en el anaquel de la «S» solo para descubrir que *El sueño de una noche de verano* era ahora *El sueño de una noche de otoño* y que *El mundo de ayer* de mi admirado Stefan Zweig era, distópicamente, *El mundo del mañana*. Me imaginé al autor en Petrópolis pocos minutos antes de poner fin a todo. Desde mis adentros me invadió una desazón insoportable.

Unos cuantos lectores estaban pidiéndole explicaciones a la bibliotecaria. Esta vez no me uní a ellos. Presa del pánico abandoné la biblioteca.

A partir de entonces el proceso se fue repitiendo hasta convertirse en rutina. Cerraron la biblioteca, el cartel de la puerta decía «Cerrado hasta el miércoles».

Retorné el miércoles, ya no iba buscando nada en concreto, iba de estantería en estantería para comprobar qué libros habían cambiado de título, el primero que vi fue *El hombre que fue jueves* de G. K. Chesterton —recordé lo que le gustaba a mi padre— ahora era *El hombre que fue miércoles*, el que era Jueves era el compañero de Robinson Crusoe, *Los lunes nos querrán* de Najat el Hachmi, era, ¿se lo imaginan?, *Los domingos nos querrán*. *Martes con mi viejo profesor* era *Lunes con mi viejo profesor*. Cuando me dirigía a la salida me fijé en un libro enorme, *Los miserables*, nunca lo había visto editado en un solo volumen, lo abrí, en un hueco entre páginas cortadas habían colocado otro libro, nadie me veía, lo escondí en la bolsa de mano y salí de la biblioteca. Ya no he vuelto.

Al cabo de unos días los asiduos a la biblioteca me confirmaron que los cambios eran continuos, que el número de libros era cada vez menor. Los lectores ni se acercaban por aquel erial de libros. Carmen, una de las personas más asiduas a la biblioteca me dijo que también había dejado de ir cuando *El proceso* de Franz Kafka devino en *El juicio*.

Unos meses más tarde oí en las noticias —los periódicos ya no se publicaban en papel— que habían cerrado la biblioteca y que ahora los préstamos se harían en formato electrónico, el comunicador dio razones peregrinas, la carestía del papel…, y, la verdad, no presté mucha atención.

Escuché en la caja del supermercado a un individuo con aspecto y vocabulario de bibliofóbico que se comentaba la posibilidad de utilizar los libros como combustible para calefacción cuando llegue el invierno, la razón: porque están todos mal.

En la zona más recóndita de mi casa tengo una provisión de velas que me permitirá leer el único libro en papel que escamoteé de la biblioteca hoy cerrada, el que estaba oculto dentro de *Los miserables*: *Fahrenheit 451*. Lo abriré, aspiraré su aroma y con cuidado pasaré sus páginas, hasta que me lo sepa de memoria, no vaya a ser que caiga la vela y terminemos ardiendo los dos.

Biblioteca Pública de Valencia, C/Hospital 13
Biblioteca de Humanidades Joan Reglà, C/Arts Gràfiques 13
Biblioteca C/ Ramon Llull s/n. València

Silencio

Jorge García Pérez

Silencio. Una figura en sombras. Un libro gastado en sus manos. Acarició el lomo muy despacio. Las yemas recorrieron los surcos descubriendo el nombre secreto que el cariño había borrado. Esbozó una sonrisa, un chiste privado con la literatura. Una caja de cartón a su lado reclamó su atención. Quedaba un hueco por llenar. Con un suspiro, Bibliotecario guardó el libro en la caja. Era el último. La penumbra que le rodeaba era ominosa, el vacío absoluto del fin de un mundo. La pérdida se adueñó de su semblante mientras cargaba la caja hasta la salida. Le flanqueaban estanterías vacías surcadas de arrugas. Crujen, recuerdan el peso de las palabras. Deja atrás Humanidades. Le devuelve la vista el panel de Biografías. Retumban sus pasos. Luces que se apagan. Una lágrima abre una presa.

Una llave cierra una puerta. Silencio.

Biblioteca pública de León
Biblioteca municipal Rosalía de Castro
(Pozuelo de Alarcón)

Cuentacuentos

Irene Madrigal González

A Mateo le encantaba levantarse tarde los domingos. Aunque le despertara el ruido de la aspiradora que su padre solía pasar sospechosamente cerca de la puerta de su habitación o la música que a su madre le gustaba escuchar mientras pintaba, no salía de la cama hasta al menos las once. Daba vueltas entre las sábanas, disfrutando del placer de no tener que ir al colegio hasta el lunes. Y no es que no le gustaran las clases, lo que no le gustaba nada era madrugar. Pero ese día era diferente, lejos de remolonear, Mateo había sido el primero de la casa en levantarse. Cuando sus padres fueron a la cocina para preparar el desayuno encontraron al niño sentado ante un tazón de cereales, vestido con su sudadera favorita y repeinado como solo sabía hacerlo su abuela, con grandes surcos excavados a base de peine e ingentes cantidades de gomina.

—¿Nos vamos ya a la biblioteca? —preguntó Mateo mirando a su madre con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero bueno, ¿y tú qué haces levantado a estas horas? Si no son ni las ocho —dijo Javier mientras admiraba divertido la firmeza del peinado de su hijo.

—Es que no podía esperar más. ¿Podemos irnos ya? —preguntó con ojos suplicantes—. Es el primer día y quiero coger el mejor sitio para estar cerca del cuentacuentos.

—Anda, desayuna primero y luego vemos qué podemos hacer para arreglar ese pelo —le reprendió Carmen con cariño.

Ella recordaba su primer día en la biblioteca como si hubiera sido ayer. Estaba tan nerviosa que apenas durmió

la noche anterior, aunque por un motivo muy diferente al que había hecho madrugar tanto a Mateo un domingo. Cuando Carmen era niña, las bibliotecas eran aún lugares clandestinos, sitios secretos donde la gente se reunía para contar historias y transmitirlas de generación en generación. En lo que oficialmente se llamó Ley de Reajuste Informativo, aunque fue rebautizado por la sociedad como El Gran Veto, los líderes mundiales se pusieron de acuerdo por primera vez para hacer desaparecer todos los libros de la faz de la tierra. Prohibieron cualquier idea que no viniera directamente del Gobierno, toda transmisión de conocimiento que no fuera expresamente aprobada por los dirigentes; y los libros iban radicalmente en contra de ese método para acabar con el desarrollo libre e individual de las ideas. Acabaron con todos los volúmenes disponibles en librerías y bibliotecas, y obligaron a todo aquel que tuviera libros en casa a entregarlos a las autoridades para su inmediata destrucción.

Como siempre ocurre, el ser humano (inconformista por naturaleza) buscó la forma de que el conocimiento y las historias no desaparecieran con el exterminio de los libros, y fue así como se crearon las nuevas bibliotecas. Se ocultaban en supuestos talleres de dibujo, costura o clubes deportivos, donde niños y mayores acudían con la excusa de practicar estas actividades, pero donde realmente sus miembros se reunían para contar historias. Cada uno aportaba aquellas que conocía, ya fuera porque en algún momento pasado había tenido la gran suerte de leer un libro o porque, como la gran mayoría, se había aprendido de memoria un cuento o un poema que alguien le había contado antes. Cada semana un miembro de la

biblioteca, que ese día se denominaba Cuentacuentos, contaba una historia; los demás escuchaban atentamente y podían incluso hacerle preguntas. Así, tras treinta años desde que se aprobase El Gran Veto, aún se compartían grandes novelas como *Moby Dick, Los santos inocentes, Harry Potter* o *El lazarillo de Tormes*.

El único fallo de este sistema era que los cuentacuentos solían aportar datos de cosecha propia para rellenar algún detalle que no recordaban bien del todo, lo que hacía que a veces las historias evolucionaran a través de un continuo «teléfono escacharrado» hacia una nueva versión que distaba bastante de la original. Más aún si el narrador era sometido por sus oyentes a preguntas de las que no conocía la respuesta. Con la intención de satisfacer la curiosidad del público dejaba volar su imaginación.

Tras el último cambio de gobierno, las nuevas bibliotecas ya no eran lugares prohibidos, pero, aun así, seguía sin permitirse la tenencia de libros, por lo que se mantenía la tradición de reunirse en ellas para transmitir y escuchar historias.

—Mamá, ¿cuando sea mayor podré ser cuentacuentos como vosotros? —preguntó Mateo mientras se llevaba una cucharada de cereales a la boca.

—Claro, hijo, pero, para eso, antes tienes que aprenderte bien las historias.

—Yo ya me sé muchas... por lo menos tres —presumió mientras mostraba el mismo número de orgullosos deditos a sus padres—. ¿A que sí, papá?

—Claro que sí, pero antes de contárselas a otros tienes que memorizarlas bien, no vaya a ser que metas la pata y mezcles cuentos. Ya sabes que si una historia es cambiada

por el cuentacuentos se transmitirá así para siempre o hasta que otro cuentacuentos vuelva a inventarse una parte —dijo Javier dedicándole una sonrisa.

—Bueno... —dijo el niño con resignación—. ¿Cuáles son vuestras historias favoritas? —preguntó sin querer abandonar el tema.

—A mí me gustan mucho las historias de amor, sobre todo si tienen final feliz, como *Romeo y Julieta* o *Los puentes de Madison*. Soy una romántica.

—Mis preferidas son las de terror —reconoció el padre—. Recuerdo que de pequeño escuché a escondidas *Drácula* en una biblioteca de mayores y me dio tanto miedo que estuve un mes durmiendo con una cebolla bajo la cama para protegerme de los vampiros.

—¡Pobre! Lo debiste pasar fatal —rio Carmen mirando a su marido con ternura—. Por eso yo no escucho cuentos de terror, después no pego ojo. Hay una que me mantuvo despierta una semana. ¿Cómo se titula esa de una familia que va a pasar el invierno a un hotel en el que están aislados por la nieve? Sí, esa en la que el padre se encarga del mantenimiento, y hay fantasmas que recorren los pasillos montados en patinete.

—¿Te refieres a *El resplandor*? —dijo Javier—. Es mi favorita de Stephen King, aunque es verdad que da mucho miedo. Esa aún no es para ti, Mateo —dijo dirigiendo la mirada al niño, que les observaba con los ojos muy abiertos, sin perder detalle de la conversación.

—Bueno, basta de cháchara, que al final vamos a llegar tarde a la biblioteca —dijo Carmen mirando su reloj y poniéndose de pie de un salto.

En dos minutos, Mateo ya tenía puesto el abrigo y los zapatos, y apremiaba a sus padres junto a la puerta de casa.

—¡Vamos, tardones! Que voy a perderme el principio de la historia y, por lo que me han contado en el cole otros niños que ya la han escuchado, parece muy divertida.

—¿Ah, sí? —quiso saber su madre mientras le cogía de la mano y abría la puerta para salir—. ¿Y qué cuento es ese?

El niño se quedó pensativo un momento intentando recordar el título del libro.

—*Miguelito Gafotas*… —respondió—, o eso me han contado —apuntó cerrando la puerta tras de sí.

Bibliotecas favoritas: Eugenio Trías
(Casa de Fieras de El Retiro) y Escuelas Pías
(UNED Madrid)

Cuando dejó de leer

José Ángel Calatayud Alaiz

Cuando dejó de leer, la biblioteca ya no estaba allí.

Biblioteca Nacional de España,
Biblioteca de las Escuelas Pías de la UNED,
Biblioteca Complutense-Filología General y
Biblioteca Pública del Retiro-Elena Fortún

Soy libro

Antonio Pastor Bustamante

Pase lo que pase, aquí estaré.
Cuando los gusanos dominen la tierra.
Si te rompen el corazón.
Tu escudo antimisiles.

Esperando tus manos,
tu mirada,
tu imaginación.

Te haré llorar.
Pasarás miedo.
Te voy a sorprender, a excitar.
Descubrirás cosas increíbles.

El diablo me odia.
Los niños me adoran.

Aburrido, a veces.
Implacable.
Falso.

Soy la piel,
la voz, la señal.

Tú me has creado.
Solo tú puedes destruirme.

Piensan que lo sé todo.
Porque me leen mal.

Cada palabra, cada verso,
cada historia, cada sueño

de cada uno de los seres.
De los vivos y los muertos.

Soy aquí y siempre.

Si dudas de algo,
si necesitas lo que sea.

Cuando celebres, sufras o revientes.
Cuando estés arriba o desesperes.

Acude a mis páginas,
sacude mi lomo,
descifra mis enigmas.

Entonces, ya pleno y feliz,
retórname a la estantería.
Al lugar donde habitan los sabios y los necios.
Al jardín de las verdades infinitas.
El patio del colegio.

Devuélveme a la biblioteca
para despertar otros ojos,
otras ideas, otras vidas.

Porque nada ni nadie
existe si yo no soy leído
por ti.

Soy libro.

Biblioteca de la Facultad de Filosofía de la Complutense,
la Eugenio Trías del Retiro, la Iván de Vargas
y la Rosalía de Castro de Pozuelo

Agradecimientos

Agradecer el apoyo y difusión de las bibliotecas: Biblioteca Pública de Fuengirola (Andalucía, Málaga), Biblioteca El esqueleto (Andalucía, Sevilla), Biblioteca Quijotes y Sanchos (Castilla-La Mancha, Cuenca, Villamayor de Santiago), Biblioteca de la Universidad Camilo José Cela (Madrid), Biblioteca Pública del Estado en Guadalajara, Biblioteca de La Rioja Almudena Grandes (Logroño), Biblioteca Pública Manuel Alvar (Madrid), Biblioteca Pública Ánxel Casal (Santiago de Compostela), Biblioteca Pública Pilar Faus (Valencia), Bibliotecas para Pacientes (nacional); y de las instituciones: a la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura, a la Embajada de Colombia y a la Consejería Cultural de España en Cuba.

Agradecer también a quienes han difundido en medios, por redes sociales y de forma personal: Libróflos, a Alicia Pérez Gil (La Escribeteca), Futura bibliotecaria, Desirée, Antía, El libro durmiente, a Más leer, Miss cultura, Sara lectora, Nuria Sierra, Irene Rodrigo, a la Revista Literaria Visor, a Cristina Barcelona y el equipo de Agencia Mundial de Prensa, Grupo Editorial Avant Press, a María Alonso (agencia Efe), a Arturo Navarro Ceardi, Silvia Tinoco, a Olga Batiukova, a Raquel Arias Careaga, a Alejandro Cancho.

A nuestro cartero Juanma y, por supuesto, a todos los que han participado e imaginado cómo sería una biblioteca sin libros.

Opera Prima es un espacio de creación abierto donde puedes participar activamente. Leer, escribir, editar y apoyar las propuestas de los noveles. Formar parte de una comunidad activa generadora de realidades alternativas, de mundos posibles. Juntos imaginamos el cambio necesario que, al escribirlo, ya ha empezado a existir.

opera **prima**
www.operaprima.es